

A LOS MIEMBROS FIELES DE LA FAMILIA DE LAS IGLESIAS EPISCOPALES
REFORMADAS

¡En nombre de todos los Obispos de las Iglesias Episcopales Reformadas, les traemos saludos en el Nombre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo!

Escribimos para recomendarles un documento didáctico importante que hemos producido, titulado: *"Entendiendo la Declaración de Principios en el siglo XXI"*. En virtud del crecimiento significativo que nuestra porción de la Iglesia del Señor ha tenido más o menos durante el último siglo, ha sido necesario producir este trabajo. En particular, durante este largo período ha acontecido mucho que refleja la manera en que el Espíritu Santo ha guiado nuestra comprensión de la *Declaración de Principios*.

A través de los años, nuestra misión y crecimiento han requerido varios cambios. Hemos actualizado nuestras Constituciones y Cánones, nuestra provisión litúrgica ha sido revisada, y nuestros compromisos con otros cristianos (más recientemente dentro del movimiento GAFCON) han requerido que expresemos nuestra fe en términos que sean adecuados al día presente. En todo esto, nuestra intención, y la de nuestros predecesores, ha sido siempre el garantizar que la esencia de la fe se mantenga íntegra, aunque parte del lenguaje que utilizamos tenga que diferir de una edad a otra.

A la luz de nuestro compromiso con el Señor Jesucristo, con la infalible Palabra de Dios Escrita, y con todas nuestras declaraciones doctrinales, proporcionamos nuestro tratado de enseñanza: *Entendiendo la Declaración de Principios en el siglo XXI*. Esperamos que esta instrucción nos lleve adelante en la herencia del anglicanismo clásico que representamos. El obispo Cummins llamó a este legado "Las sendas antiguas... que pasan en sucesión ininterrumpida a través de la Iglesia de Inglaterra, hasta la Iglesia de Cristo de la era cristiana más temprana."

Es nuestro deseo ferviente que la instrucción de los obispos de su iglesia sean consideradas y recibidas en oración. Con amor pastoral, presentamos esta enseñanza para la Gloria de Dios y para la edificación de todos los episcopales reformados y aquellos que procuren comprendernos mejor. Con este fin, confiamos en que nuestro Señor continúe bendiciendo a esta fiel parte de Su Iglesia.

Sinceramente en Cristo,

El Muy Rvdmo. Ray R. Sutton, Ph.D.

El Muy Rvdmo. John Fenwick, D.D.

Obispo Presidente, Norteamérica

Primus, Iglesia Libre de Inglaterra

Fiesta de San Agustín de Hipona

28 de agosto de 2018

ENTENDIENDO LA DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS EN EL SIGLO XXI

PRONUNCIAMIENTO DE LOS OBISPOS DE LA FAMILIA DE IGLESIAS EPISCOPALES REFORMADAS

“Estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros;” 1 Pedro 3:15.

Los cristianos siempre han producido declaraciones resumidas de la fe. Tal Regla de Fe (una versión básica de los mismos Credos que llegarían más tarde) se puede observar ya en el siglo II. A menudo, tales resúmenes han sido hechos en respuesta a circunstancias particulares o controversias doctrinales. El Credo niceno-constantinopolitano, que es el resumen de la fe más universalmente reconocido, nació en el siglo IV precisamente en respuesta a las amenazas contra la enseñanza apostólica. En los últimos años, la Conferencia del futuro Anglicano Global (GAFCON) produjo la Declaración de Jerusalén en 2008¹ y la Iglesia Anglicana en América del Norte (ACNA) adoptó su Declaración Teológica en sus inicios un año después.²

El 2 de diciembre de 1873, en su inauguración la Iglesia Episcopal Reformada en América del Norte, adoptó un documento fundacional con la intención de atender cuestiones específicas controvertidas en aquel tiempo. El nombre dado a este documento fue: La Declaración de Principios.³

Contrario a toda expectativa, tras esa reunión inaugural la Iglesia Episcopal Reformada ha crecido hasta convertirse en una familia mundial de iglesias, con representantes en los Estados Unidos, Canadá, el Reino Unido, Brasil, Venezuela, Cuba, Rusia, Alemania, Croacia, Francia y Australia. En el Reino Unido, la Iglesia Episcopal Reformada se unió en 1927 con la Iglesia Libre de Inglaterra, un cuerpo más antiguo de herencia anglicana, para formar la actual Iglesia Libre de Inglaterra de otro modo llamada Iglesia Episcopal Reformada, que adoptó la Declaración de Principios, añadiendo dos cláusulas adicionales (ver a continuación).⁴

Muchas cosas han cambiado en la Iglesia y el mundo desde el siglo XIX. Las antiguas controversias han perdido algo de su ardor, mientras que otras nuevas han surgido. La familia Anglicana de Iglesias está experimentando un gran grado de turbulencia por lo cual cada vez más personas están percibiendo a las Iglesias Episcopales Reformadas como su posible nuevo hogar.

Sin embargo, para algunas personas que de otro modo simpatizan con la familia episcopal reformada, la Declaración de Principios aparenta ser problemática. Usualmente, esto se debe a dos razones principales.

En primer lugar, las diversas formulaciones de la Declaración de Principios derivadas de la de 1873 contienen una sección (Sección IV), que se establece en forma negativa. En cuanto tal, adoptan un tono muy negativo: "esta Iglesia CONDENA y RECHAZA", dando la impresión de que somos esencialmente negativos, definiéndonos por aquello con lo que estamos en contra; gente rápida para condenar, pero con poco positivo que decir. Lamentamos que esta impresión pudiera haber sido causada, ya que el Evangelio consiste en afirmar lo que Dios en su amor ha hecho por nuestra salvación. En efecto, hay enseñanzas y prácticas que los episcopales reformados consideramos ser

¹ <https://www.gafcon.org/resources/the-complete-jerusalem-statement>

² <http://www.anglicanchurch.net/index.php/main/Theology/>

³ <http://recus.org/principles.html>.

⁴ <http://fcofe.org.uk/wp-content/uploads/2018/03/declaration.pdf>.

incompatibles con la verdad acerca de Dios revelada en las Escrituras y supremamente en Jesucristo, pero nuestro enfoque general debe ser positivo; después de todo, ¡tenemos buenas nuevas que proclamar!

El verdadero problema con esta sección de negaciones es que los aspectos positivos afirmados por las iglesias episcopales reformadas no se mencionan en el documento mismo. En aquel tiempo, dado el conocimiento general del compromiso del Obispo Cummins con la unidad ecuménica, así como el contexto histórico más amplio, estos aspectos podían tomarse por sentado, pero su ausencia ha resultado ser problemática para las generaciones posteriores.

El enfoque correcto es reconocer que los aspectos positivos solo pueden ser provistos al tomar en cuenta todos los estándares de las Iglesias Episcopales Reformadas, tal como se han aplicado a lo largo de nuestra historia. Estos estándares doctrinales que afectan cómo se ha entendido la Declaración de Principios son: las Sagradas Escrituras, los Artículos de la Religión, el Libro de Oración Común (no solo la versión de 1662, sino (para el REC en Norteamérica, el BCP estadounidense de 1928), y otras declaraciones como el Cuadrilátero de Chicago-Lambeth, la Declaración de Jerusalén y (en América) la Declaración Teológica de la Iglesia Anglicana en América del Norte. Además, la Constitución y los Cánones han sido revisados tanto en América del Norte como en el Reino Unido. Se deben tener en cuenta también los acuerdos doctrinales ecuménicos (particularmente en los Estados Unidos). Este cuerpo entero de documentos refleja una comprensión equilibrada de la Declaración de Principios. El objetivo de este comentario es llamar la atención sobre este contexto más pleno y las afirmaciones positivas que proporciona, mientras corrige malentendidos de lo que precisamente estaba siendo negado.

La segunda razón por la que algunas personas tienen un problema con la Declaración de Principios es que, en algunos lugares, parece afirmar menos que lo que el cristianismo histórico -y la tradición anglicana de la que las iglesias episcopales reformadas son parte- ha creído. Esto es especialmente cierto en la Sección IV. Antes de analizar esto con más detalle, será útil primero explorar los orígenes de la Declaración.

Los orígenes de la Declaración de Principios

La Declaración de Principios surgió de las situaciones en América del Norte y el Reino Unido en el siglo XIX. La creciente industrialización y el secularismo en la cultura occidental y la interferencia del Parlamento del Reino Unido en la organización interna de la Iglesia de Irlanda han llevado a un deseo de reafirmar la independencia y la autoridad espiritual de la Iglesia. Un aspecto de esto fue una apreciación más comprensiva de las enseñanzas y prácticas de la Iglesia antes de su sometimiento a la Corona inglesa. Esta reevaluación más positiva (y la reintroducción espontánea de una variedad de enseñanzas y prácticas relacionadas) produjo una serie de respuestas de eclesiásticos preocupados de que la autoridad suprema de las Escrituras dadas por Dios estaba siendo socavada y comprometida. La Declaración de Principios fue una de esas respuestas. Sin embargo, no se pretendía decir nada nuevo, sino simplemente reafirmar las enseñanzas bíblicas y patrísticas, que se reafirmaron en la Reforma, pero que, en su momento, se vieron oscurecidas por desarrollos y tendencias crecientes.

En cuanto al texto, la Declaración se deriva de tres fuentes diferentes, y éstas en sí mismas sirven para entender sus preocupaciones primordiales.

(a) *El Memorial de Muhlenberg*

La hebra más antigua se deriva de William Augustus Muhlenberg (1796-1877). Muhlenberg fue presbítero de lo que entonces se llamaba la Iglesia Episcopal Protestante en los Estados Unidos de América (PECUSA, ahora simplemente llamada Iglesia Episcopal (TEC)). Fue ordenado diácono en 1817 para servir en Christ Church, Filadelfia, como capellán del obispo William White, y fué ordenado presbítero en 1820.

Muhlenberg era un evangélico comprometido, pero no creía que la fe evangélica solo pudiera expresarse en una cultura eclesíastica rigidamente protestante. Él creía que el ser anglicano era también estar comprometido con la Iglesia antigua e indivisa, que es a lo que él quería decir al referirse a sí mismo no solo como "evangélico" sino también "católico". Su visión era la de un "catolicismo evangélico" que reconciliara el fervor de la fe evangélica con el orden de la Iglesia Universal. Durante algunos años produjo un periódico llamado el "The Evangelical Catholic." En él defendió la nomenclatura que escogió: "creemos en el cristianismo, no como una abstracción, sino como una institución divina, adaptada a toda la humanidad en todas las épocas; en otras palabras, la Iglesia universal. Esto lo declaramos al llamarnos católicos".⁵ La palabra "católico", sin embargo, se había identificado con la iglesia católica romana: "Al hablar de católicos, ni uno en cada cien supondrá que te refieres a otros que no sean los miembros de la Iglesia Romana. Si vamos a mantener el nombre, y abandonarlo no podemos, tendremos que cualificarlo, tendremos que explicarlo ... por lo tanto, nos auto-calificamos como pertenecientes al Evangelio, es decir, católicos evangélicos. Esta, para Muhlenberg, era la marca distintiva de la comunión episcopal en la que él creía: "vamos inmediatamente al Evangelio y nos hacemos valer católicos evangélicos (es decir, evangélicos)". Además, era un concepto con una larga y distinguida historia. Esto, argumentó Muhlenberg, es lo que fueron los reformadores ingleses del siglo XVI, católicos del Evangelio, que ayudaron a la Iglesia Católica a descubrir sus raíces evangélicas.

Muhlenberg creía con pasión que un catolicismo evangélico tal podría unir las denominaciones protestantes cada vez más divididas en América del Norte. En octubre de 1853, el procuró poner su visión de unidad cristiana en efecto presentando, junto con otros presbíteros, un Memorial a la Cámara de Obispos de la Iglesia Episcopal Protestante. El Memorial recomendaba que la ordenación episcopal se hiciese accesible al clero de iglesias no episcopales. Esto sería sobre la base de una breve prueba doctrinal que Muhlenberg estableció en 'An Exposition of the Memorial', publicada en noviembre de 1854 y dirigida a los obispos de PECUSA, a quienes se dirigió como 'un Colegio de Obispos Católicos y Apostólicos'.⁶ La primera cláusula de este requería del clero que estuviese procurando ordenación episcopal el declarar su creencia en las Sagradas Escrituras como la palabra de Dios, en los Credos de los Apóstoles y de Nicea, en la Institución divina de los dos sacramentos, y en las 'doctrinas de la gracia' sustancialmente como se establecen en los Treinta y Nueve Artículos. Nada se logró con esta iniciativa, pero el texto de Muhlenberg, prácticamente inalterado, constituye la primera cláusula de la Declaración de Principios.

⁵ Anne Ayres, *La vida y obra de William Augustus Muhlenberg*, Nueva York, Harper & Brothers, 1880, p.237ff. Existen estrechos paralelismos con la definición del arzobispo Michael Ramsey del "catolicismo ... que surgió del Evangelio de Dios" como "un organismo que creció inevitablemente a través de la muerte y resurrección de Cristo" en lugar de un conjunto de reglas (Michael Ramsey, *El Evangelio y la Iglesia católica*. Peabody, Massachusetts, Hendrickson Publishers, 2009, p. 56).

⁶ Ayres, *Muhlenberg*, p. 266.

(b) *Las adiciones de 1873*

El resumen de Muhlenberg fue retomado casi veinte años después por un obispo para quien Muhlenberg era un amado mentor. George David Cummins fue consagrado como obispo auxiliar de Kentucky en 1866. Él compartió firmemente la visión de Muhlenberg de que los cristianos de América del Norte debían unirse en una iglesia episcopal que predicare sin reparos la doctrina bíblica, y que la fe compartida en Jesucristo mismo crea una unidad esencial entre todos los creyentes. En 1873, el Obispo Cummins expresó sus convicciones al participar de un servicio de Santa Comunión en una Iglesia Presbiteriana. La fuerza de la crítica que recibió por hacer esto hizo que le resultara imposible continuar su ministerio como obispo en la Diócesis de Kentucky. Por lo tanto, emitió una reunión convocatoria para la formación de una Iglesia episcopal, que sería más abierta y más robustamente fiel a "la fe una vez dada a los santos" que aquella en que PECUSA se había convertido. En diciembre de 1873, esto se hizo realidad cuando la Iglesia Episcopal Reformada fue formalmente constituida, con Cummins como su primer Obispo Presidente.

El obispo Cummins agregó al Memorial de Muhlenberg una serie de cláusulas que abordaban cuestiones doctrinales apremiantes en aquel momento. Estas deben ser vistas en contexto y su génesis debe ser tenida en cuenta. Esta sección no formaba parte del texto cuidadosamente elaborado de Muhlenberg con el que comienza la Declaración. Fue redactado por el obispo Cummins en el período comprendido entre su renuncia a la Iglesia Protestante Episcopal el 10 de noviembre de 1873 y la reunión inaugural de la Iglesia Episcopal Reformada el 2 de diciembre. Durante ese período de tres semanas, Cummins compartió con otros su visión de una Iglesia con "un episcopado primitivo, y una liturgia escritural pura, y una fidelidad a la doctrina de la justificación solo por medio de la fe"⁷ y, habiéndose asegurado de que tendría apoyo para hacer esa visión realidad, tomó los pasos necesarios para hacerlo. Fue un período de intensa actividad. No es sorprendente, por lo tanto, que las cinco declaraciones en la Sección IV sean un poco más que respuestas en taquigrafía - puntos de viñeta en la terminología de hoy - a los asuntos que fueron focos de controversia doctrinal en aquel momento.⁸ Si bien obviamente fueron temas sobre los que Cummins había deliberado durante años, debe aceptarse que no pueden tomarse como la última palabra en cuanto los puntos en cuestión. Es imposible, por ejemplo, decir todo lo que se necesita decir sobre el misterio de la presencia eucarística en una sola afirmación negativa de diecinueve palabras. En el contexto muy diferente de hoy, las cinco declaraciones deben abordarse con la intención de identificar el error que cada cláusula pretende excluir, y de establecer la doctrina positiva que nosotros, como Iglesias Reformadas Episcopales, enseñamos sobre cada tema. Más adelante nos referiremos a los varios pronunciamientos de la declaración.

(c) *cláusulas de La Iglesia de Irlanda (exclusivas de REC en el Reino Unido)*

En 1877 se estableció una rama de la Iglesia Episcopal Reformada en las Islas Británicas (junto con la preexistente iglesia libre de Inglaterra). Se adoptó la Declaración de Principios, pero se agregó

⁷ De la carta de Renuncia de Cummins al Obispo Presidente, Boswell Smith, con fecha del 10 de noviembre de 1873. Texto en Alexandrine Macomb Cummins, *Una Memoria de George David Cummins: Primer Obispo de la Iglesia Episcopal Reformada*. Filadelfia, E. Claxton, 1878, p. 420.

⁸ Guelzo describe la Declaración, en el contexto de su tiempo, como "un documento inusualmente moderado", con los "puntos de viñetas" cuidadosamente redactados para excluir solo a los ultras más extremistas entre los anglo-católicos (Allen C. Guelzo, *Por la Unión de la cristiandad evangélica: la ironía de los episcopales reformados*. Pensilvania, State University Press, 1994, p. 156).

material adicional derivado del trabajo de Muhlenberg y Cummins. La mayoría de este nuevo material fue tomado de la Constitución de la Iglesia de Irlanda. El des-establecimiento de esa Iglesia en 1870 requirió que se auto-definiera por sí misma y redactara nuevos documentos de gobierno. Siendo una Iglesia Episcopal recién hecha "libre" en las Islas Británicas, la Iglesia de Irlanda fue vista como un modelo para la rama británica de la REC (una Iglesia episcopal "libre" en un país con una Iglesia establecida).

Cuando el REC en el Reino Unido y la Iglesia Libre de Inglaterra se unieron en 1927, la Declaración de Principios en su forma británica fue adoptada como la declaración de fe común.

Enseñanza e intención de la Declaración

Como muestra este breve vistazo a sus orígenes, la Declaración de Principios no es un intento de apartarse de las creencias cristianas históricas o producir una nueva definición de la fe cristiana. Más bien, al igual que la Declaración de Jerusalén, ella es la expresión del deseo de unir a los cristianos en torno a las "antiguas sendas" del cristianismo bíblico histórico dentro de una comunidad ordenada episcopalmente. Su lenguaje refleja la era en la cual los Principios fueron redactados, pero su enseñanza se fundamenta en las Escrituras y los Padres, y por lo tanto es atemporal. Desde el comienzo de la REC el Obispo Cummins hizo hincapié en la continuidad: 'No nos hemos reunido para destruir, sino para restaurar Reclamamos el tener una conexión histórica ininterrumpida, a través de la Iglesia de Inglaterra, con la Iglesia de Cristo desde los primeros tiempos de la Era cristiana'.⁹

El contexto más amplio

Es importante recordar que, para nosotros como Episcopales Reformados, la Declaración de Principios no es la única autoridad doctrinal. El Artículo III de la Constitución de la Iglesia Episcopal Reformada en América del Norte establece:

Esta iglesia sostiene la Fe como una vez dada a los santos, y como transmitida a través de la Iglesia de Inglaterra, especialmente según se articuló a través de su herencia Reformada, la gama de sus teólogos Anglicanos, y como depositada en los principios fundamentales de la Iglesia Episcopal Protestante en los Estados Unidos de América. Además, esta Iglesia recibe y afirma la Sagrada Escritura como la Palabra de Dios. Recibimos y afirmamos los tres credos antiguos, comúnmente conocidos como el Credo Niceno, el de los Apóstoles y el Credo de Atanasio, y las definiciones dogmáticas de los primeros cuatro concilios ecuménicos de la iglesia indivisa. También sostiene que los siguientes inalterables documentos históricos son parte del cuerpo recibido de su Doctrina: (1) Los Treinta y nueve Artículos de la Religión en su forma de 1801 (2) La Declaración de Principios de 1873, adoptada por el primer Concilio General de esta Iglesia (3) El Cuadrilátero de Chicago-Lambeth de 1886-1888 (4) La Declaración de Jerusalén de 2008.

La Iglesia Episcopal Reformada en América del Norte, como ya se señaló, en el curso de su larga historia, también emprendió su revisión del Libro de Oración Común (incluyendo la restauración del libro del 1662 y la aprobación del libro estadounidense del 1928), revisó su Constitución y sus Cánones (basándose en los Cánones de la Iglesia Episcopal de 1920), adoptó otros documentos anglicanos y entró en relaciones ecuménicas significativas que han producido una serie de acuerdos

⁹ Cummins, *Memoir*, p. 435f.

doctrinales, que conducen a relaciones de ínter-comunión con jurisdicciones tales como la Provincia Anglicana de Nigeria y la Provincia Anglicana de América. Todos estos desarrollos han implicado la interpretación de la Declaración de Principios dentro del contexto más amplio del anglicanismo histórico y clásico. Tanto nosotros como nuestros asociados, la hemos entendido, como en ninguna manera contraria a las normas anglicanas y a la visión, efusiva y original, de 'las sendas antiguas' del Obispo Cummins, que se remonta mediante la Reforma Inglesa hasta la Iglesia indivisa.

Esta herencia doctrinal más amplia también se refleja en el Artículo II de la Constitución de la Iglesia Libre de Inglaterra:

La doctrina de la Iglesia Libre de Inglaterra se basa en las Sagradas Escrituras y, siguiendo el ejemplo de los Reformadores, en aquellas enseñanzas de los Padres antiguos y de los Concilios de la Iglesia, que sean conformes a las dichas Escrituras.

En particular, tal doctrina se encuentra en la Declaración de Principios, los Treinta y Nueve Artículos de la Religión y las liturgias autorizadas de esta Iglesia.

Lo primero que se debe destacar es que, como miembros de la familia episcopal reformada, estamos comprometidos con la autoridad única y suprema de las Escrituras: solo de ellas podemos enseñar cosas como necesarias para la salvación; pero abordamos las Escrituras desde dentro de la continuidad vivida del Pueblo de Dios a lo largo de los siglos, o, como lo dice la Declaración de Jerusalén, 'Respetuosos de la lectura histórica y consensual de la iglesia'.¹⁰

Por esta razón la Declaración de Principios en sí misma

señala y afirma (como totalmente subordinadas a la Escritura) las Fuentes clásicas de doctrina e identidad anglicanas-los treinta y nueve artículos, los Sacramentos Dominicales, los credos, el episcopado y el culto litúrgico. Cummins, como hemos visto, explícitamente se concibió a sí mismo, al igual que a aquellos quienes con él fundaron a la Iglesia Episcopal Reformada, como 'Restaurando caminos antiguos', no creando algo nuevo.¹¹ No todas estas fuentes requieren comentario por separado, pero algunas declaraciones breves pueden ser útiles.

1. *Los treinta y nueve artículos*

Como afirma el Catecismo de la Iglesia Anglicana en América del Norte, los Artículos son 'La respuesta anglicana a ciertas temas doctrinales controvertidas en ese momento, expresivos de principios fundamentales de la auténtica creencia anglicana, y como uno de los elementos característicos de la Vía Anglicana'.¹² Nunca se tuvo la intención de que constituyeran una teología sistemática completa. Tampoco fueron diseñados para ser 'partisanos':

Decir que los artículos son un pedazo de teología reformada ... es ignorar la naturaleza ecléctica de su pedigrí teológico. Además, también es pasar por alto el hecho de que la razón de tal eclecticismo es que las diferencias entre los enfoques "Luteranos" y "Reformados" en teología parecen simplemente no haber sido tan importantes para esos reformadores de la

¹⁰ Declaración de Jerusalén, cláusula 2.

¹¹ En su discurso en la reunión inaugural de REC el 2 de diciembre de 1873 (Cummins, *Memoir*, p. 435).

¹² 'Una nota sobre los artículos de la religión', en *Para ser cristiano: Un catecismo anglicano*, Newport Beach, CA, editorial de la casa anglicana, 2014, p.147. La misma fraseología se encuentra en la Declaración Teológica de la ACNA.

*iglesia inglesa quienes eran los responsables de la producción de los artículos. No encontramos en los escritos de estos reformadores la idea que hubiera dos bloques teológicos, opuestos, uno Luterano y otro reformado, entre los cuales uno tuviera que elegir. Lo que encontramos en cambio es un énfasis en los acuerdos entre los teólogos protestantes sobre los principios básicos de la fe y una minimización de la importancia de las diferencias existentes entre ellos.*¹³

Creemos que tal énfasis en los acuerdos en lugar de en las diferencias debería guiar nuestro entendimiento de la Declaración de Principios.

2. *Episcopado y política eclesiástica*

Las declaraciones sobre el episcopado y la política eclesiástica tenían la intención de expresar la convicción de que los miembros de Iglesias sin obispos son, sin embargo, verdaderos cristianos. Esto parece obvio hoy (y es formalmente admitido por la Iglesia Católica Romana, por ejemplo) pero hubo aquellos en el siglo 19 quienes estaban dispuestos a negarlo. La posición de la Declaración también está en línea con el anglicanismo histórico según fue expuesto por Richard Hooker en sus Leyes de política eclesiástica y por otros teólogos ingleses. Como John Bramhall, Obispo de Derry en el siglo 17, lo expresó: 'Es un ciego aquel que no reconoce Iglesias sin él [es decir el episcopado]; es de corazón duro quien les niega la salvación. No somos de esas personas de corazón duro...'¹⁴

3. *Adoración litúrgica*

En relación con el culto litúrgico, la Declaración otorga un lugar de honor al Libro de Oración de 1785 en los Estados Unidos. Muchos de los evangélicos que se unieron al Obispo Cummins, creyeron que ciertas palabras y frases encontradas en el Libro de Oración de PECUSA podrían ser interpretadas para apoyar doctrina errada. Por esta razón, se buscó una alternativa y se eligió el texto de 1785. Este había sido el libro propuesto en la primera Convención General de la recién formada independiente

Iglesia Episcopal Protestante (aunque al final

no fue adoptado). De hecho, el Libro de 1785 tenía varias características "liberales" (por ejemplo, omitió el Credo Niceno y una frase del Credo de los Apóstoles) pero, como daba una sensación de "Iglesia baja" (por ejemplo, usó la palabra "Ministro" en lugar de "Sacerdote"), fue visto por muchos evangélicos como una defensa contra las interpretaciones "católicas". El obispo Cummins consideró que este era el mejor libro disponible (dado que obviamente no había tiempo para emprender una revisión exhaustiva del Libro de Oración de PECUSA en los días previos a la formación de la Iglesia Episcopal Reformada). En la práctica, poco después de que REC adoptara el libro de 1785, fueron corregidas algunas de sus deficiencias, como la restauración del Credo Niceno en el servicio de

¹³ Martin Davie, *Nuestra herencia de la fe: un comentario sobre los treinta y nueve artículos*, Malton, Gilead Books, 2013, p. 21.

¹⁴ John Bramhall, *Works*, vol. III, (Biblioteca ed. De teología anglocatólica), p. 518.

Comunión, y finalmente fue reemplazado en América del Norte. Al parecer nunca fue utilizado en el Reino Unido, donde el Libro de Oración Común de 1662 (con algunas modificaciones) siempre fue la norma. La Declaración de Principios también otorga a la Iglesia "plena libertad para alterar, abreviar, ampliar y enmendar" su Libro de Oración, "siempre que la sustancia de la fe se mantenga completa". La revisión litúrgica es perfectamente consistente con los principios episcopales reformados. Más recientemente, la Iglesia Episcopal Reformada en América del Norte ha producido un nuevo Libro de Oración Común (con formas tradicionales y modernas en inglés) y la Iglesia Libre de Inglaterra ha comenzado su propio proceso de producción de nuevos textos.

4. *El re-sacrificio de Cristo de nuevo al Padre*

En el siglo 16 hubo una serie de ideas asociadas con la Eucaristía las cuales (al menos a nivel popular) eran distorsiones de la ordenanza instituida por Cristo. Una de las principales de estas fue la idea de que Cristo es sacrificado nuevamente en cada misa. Esta creencia popular fue condenada en el Artículo XXXI ('De la única Oblación de Cristo terminada en la Cruz'). Observamos que la Iglesia Católica Romana moderna lamenta cualquier impresión que se haya dado de una repetición del sacrificio de Cristo en la Misa,¹⁵ y que la irrepitibilidad de ese sacrificio se ha afirmado en otros diálogos.¹⁶ También observamos que, a pesar de los errores medievales, Cranmer no repudió el concepto de que la Eucaristía es una representación y un memorial del sacrificio de Cristo, sino que aparece en su tratado acerca de la Cena del Señor. El cita con aprobación las Sentencias de Peter Lombard del siglo XII. Lombard, dice Cranmer, "juzgó correctamente en este punto, diciendo que "lo que es ofrecido y consagrado por el ministro, se llama sacrificio y oblación, porque es una memoria y representación del verdadero sacrificio y la santa oblación, hecha en el altar de la cruz".¹⁷ Con cautelosa reserva, Cranmer acepta que la Eucaristía puede llamarse un sacrificio: '... porque fue ordenado por Cristo para ponernos en recuerdo del sacrificio hecho por él en la cruz. Y por esa razón lleva el nombre de ese sacrificio...' Cranmer luego cita a San Agustín en apoyo de esta interpretación.¹⁸

Para muchos en la tradición anglicana tal entendimiento hace que sea legítimo referirse a la Santa Mesa como altar: no un altar en que el Cuerpo y la Sangre de Cristo se ofrecen de nuevo, sino un tipo diferente de altar: un altar conmemorativo, que acompaña un sacrificio conmemorativo. Con este fin, mientras Cranmer y el Concilio bajo el mando del rey Eduardo VI ordenaron que los altares de piedra se reemplazaran con mesas de madera, no obstante concedieron que hubiera un uso aceptable de la palabra 'altar'. Hablando del Libro de Oración de 1549, escribieron: "Este llama a la mesa donde se distribuye la santa Comunión, con alabanzas y acciones de gracias al Señor, un altar;

¹⁵ *La gracia dada en Cristo: Informe de la Comisión Internacional para el Diálogo entre la Iglesia Católica Romana y la Iglesia Metodista Mundial, Lake Junaluska, Consejo Metodista Mundial, 2006, p. 55.*

¹⁶ Véase, por ejemplo, la Consulta católica ortodoxa oriental en los Estados Unidos, "Una declaración concertada sobre el documento, *el bautismo, la eucaristía y el ministerio de Lima*", 1984, sección II, en John Borelli y John H, Erickson (eds.), *La búsqueda de la unidad: Ortodoxos y católicos en diálogo*, Nueva York, St Vladimir's Seminary Press, 1996, p. 71; también entre la Iglesia Católica Romana y la Comunión Anglicana (ver *Creciendo juntos en unidad y misión: una declaración acordada de la Comisión Internacional Anglicana-Católica Romana para la Unidad y la Misión*, Londres, SPCK, 2007, párrafo 40).

¹⁷ *Defensa de la Doctrina Verdadera y Católica del Sacramento del Cuerpo y la Sangre de Nuestro Salvador Cristo, ... hecho por el Reverendísimo Padre en Dios, Thomas, Arzobispo de Canterbury, Primado de toda Inglaterra y Metropolitano*, Libro V, capítulo XIII.

¹⁸ *Defensa, libro V, capítulo XIII.*

pues allí se ofrece el mismo sacrificio de alabanza y acción de gracias".¹⁹ Existe evidencia de que la palabra 'altar' ha continuado siempre en uso popular durante toda la historia anglicana.²⁰ El altar es el punto focal de nuestras oraciones y ofrendas materiales: las rúbricas de nuestros Libros de Oración siempre han dirigido al presbítero a colocar en él las ofrendas reunidas de las personas y ofrecer las oraciones eucarísticas que conmemoran la muerte del Señor allí.

Sin embargo, enfatizamos que lo que es claramente contrario a las Escrituras, es la idea de que se puede ofrecer nuevamente a Cristo. Hebreos 9:25-6 claramente descarta esto: ni entró al cielo para ofrecerse una y otra vez ... Entonces Cristo habría tenido que sufrir muchas veces desde la creación del mundo. Nunca podemos ofrecer a Cristo de nuevo, pero en cada Eucaristía proclamamos la muerte del Señor hasta que él venga "(1 Corintios 11:26).

5. Sacerdocio cristiano

Esta cláusula fue una protesta contra el resurgimiento de un concepto crudo de una sucesión que se autoperpetúa de 'sacerdotes sacrificantes', dotada de poderes virtualmente independientes de la comunidad cristiana en su conjunto. Mucha confusión ha sido causada por el uso de terminología imprecisa. La palabra en inglés 'priest' se deriva en última instancia de la palabra griega presbyteros (anciano).²¹ Sin embargo, también se usó como una traducción del hebreo kohen, griego hierews y sacerdos latinos que significan un sacerdote sectario y sacrificante. Aunque la tradición anglicana siempre ha reconocido que 'presbítero' y 'priest' son términos intercambiables,²² el uso de una palabra para dos conceptos diferentes ha llevado a un desequilibrio en la comprensión de la segunda de las tres Órdenes históricas. Esto resurgió en el siglo XIX y provocó la corrección en la Declaración de Principios.

Sin embargo, tanto la enseñanza reformada como la enseñanza católica romana moderna subrayan el Triple Oficio de Cristo – como Profeta, Sacerdote y Rey. Estos atributos pertenecen a *todos* los que están en Cristo, pero (al igual que otros atributos de Nuestro

¹⁹ "La Carta del Consejo a Bp Ridley para derribar los altares, y colocar mesas de comunión en su lugar" [24 de noviembre de 1551], en Gervase E. Duffield (ed.), *La obra de Thomas Cranmer*, Appleford, Sutton Courtney Press, 1964, p. 236.

²⁰ Por ejemplo, George Whitefield, hablando de su ordenación diaconal en la catedral de Gloucester (vistiendo un sobrepelliz) dice: "Cuando subí al altar, no pude pensar en nada más que Samuel frente al Señor con un efod de lino" (*George Whitefield's Journals*), Edimburgo, Banner of Truth Trust, 1998, p. 69).

²¹ Vea muchas definiciones en diccionario en línea, por ejemplo: 'Inglés antiguo preost, de origen germánico; relacionado con el príncipe holandés, Priester alemán, basado en el presbítero eclesiástico latino 'anciano' (<https://en.oxforddictionaries.com/definition/priest>). El prêtre francés es de la misma raíz.

²² Por ejemplo, Richard Hooker, *Leyes de la política eclesiástica*. Libro 5, 78: " Prefiero denominar a este tipo Presbíteros, en lugar de 'Priest', porque en un asunto de tan poco momento, Yo no ofendería voluntariamente los oídos de aquel para quien el nombre de 'Priest' resulte odioso aunque sin causa ..., Por lo tanto ... Déjalos utilizar el dialecto

que quieran, ya sea que lo llamemos un *Priesthood*, un Presbiterio, o un ministerio, no importa ...; Joseph Mede (1586-1638): *Diatriba: Discursos sobre diversos textos de la Escritura*, (1642) Libro I, n. ° 5, en *Works* (editor J. Worthington), 1672, p. 27: "Pero si es bien examinado" , ' Priest' es el inglés de 'Presbyter' y no de 'Sacerdos', ya que en nuestra lengua inglesa no hay palabra para Sacerdos ... ¿Quién puede negar que nuestra palabra Priest se deriva de Presbyter? 'J.H. El primer Tractado de Newman comienza famosamente: 'Yo soy solo uno de ustedes, un Presbítero'. Los ritos de ordenación actuales de la Iglesia de Inglaterra incluyen 'La Ordenación de 'priest', también llamada Presbíteros' (*Common Worship: Ordination Services*. Londres, Church House Publishing, 2007, pp. 31, 122). Los cánones REC establecen que los términos "priest" y "presbítero" se usan indistintamente, cuando se refieren a aquellos ordenados para este oficio (Canon 7 (8)).

Señor, como su servidumbre) se expresan *ministerialmente* en aquellos ordenados a roles de por vida en la iglesia. Nosotros por lo tanto creemos que es posible afirmar legítimamente que los obispos y presbíteros comparten de hecho el mismo sacerdocio de todos los creyentes, a saber el sacerdocio de Cristo mismo, y, en su caso, de una manera y medida distintivas apropiado a su rol dentro del Cuerpo,²³ o, como lo dice Torrance, "en un modo apropiado para aquellos que no son más que mayordomos y sirvientes".²⁴

Aunque no aceptamos todas las enseñanzas de la Iglesia Romana en esta área, podemos decir que nosotros, como ella, ordenamos a un hombre "al sacerdocio en el orden presbiteral"²⁵ en un sentido eso es completamente consistente

con nuestras fuentes de autoridad doctrinal según indicadas y con la metodología de los reformadores ingleses. La Iglesia Episcopal Reformada siempre ha aceptado las normas del Ordinal del Libro de Oración Común y, en particular, su enseñanza de que "desde el tiempo de los Apóstoles ha habido estas Órdenes de Ministros en la Iglesia de Cristo: Obispos, Presbíteros y Diáconos" y que estas órdenes deben ser "continuadas, y usadas y estimadas reverentemente".²⁶ A los laicos nunca se les ha permitido presidir la Eucaristía. En este sentido, los episcopales reformados siempre han reconocido un aspecto especial del Real Sacerdocio. Los ministros ordenados son una especificación de lo que todos son. En este sentido apropiadamente entendido, hay un sacerdocio ministerial de servicio al sacerdocio de todos los creyentes.

Por lo tanto, podemos reafirmar positivamente la cláusula de la Declaración de Principios y decir que afirmamos que solo hay un sacerdocio en el plan de salvación de Dios, a saber, el de Cristo mismo. Este sacerdocio, Cristo, gentilmente imparte a toda su Iglesia, ordenada y laica, para que juntos puedan ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios (1 Pedro 2: 5). El llamado, el equipamiento, la autoridad y el patrón del Ministerio ordenado que sirve a este sacerdocio universal, se deriva directamente de Cristo, la Cabeza de la Iglesia, nuestro Pastor y Sumo Sacerdote (Hebreos 3: 1, 1 Pedro 2:25).²⁷

²³ "El ministerio pastoral es ... un don carismático que permite a quienes lo reciben servir y edificar el cuerpo de la Iglesia" (Comisión Internacional para el Diálogo Teológico Anglicano-Ortodoxo, *La Iglesia del Dios Trino, (Declaración Acordada de Chipre)*, Londres, Oficina de la Comunión Anglicana, 2006, p.73). '[O]rdinación no es simplemente la comisión por la autoridad de la Iglesia. En primer lugar, es una invocación al Padre pidiendo el don del Espíritu al ordenado' (Comisión Internacional Anglicana-Reformada, *El Reino de Dios y nuestra Unidad*, Londres y Edimburgo, SPCK / St Andrew's Press, 1984, p.57).

²⁴ Thomas F. Torrance, *Real Sacerdocio*, Edimburgo, Oliver & Boyd, 1955, p. 81. C.f. Nazir-Ali: "Si el oficio debe ser entendido como verdaderamente apostólico, los obispos (y los ministros que derivan su autoridad de ellos) serán vistos como representantes del mismo Cristo, de una manera particular, al pueblo de Dios así como también al mundo en general", (Michael Nazir-Ali, 'Hacia una teología de elegir obispos', en *The Church Observer*, (Trinity 2011), p. 14).

²⁵ *Ritos de la Iglesia Católica*, Collegeville, Liturgical Press, (1991), II, p. 40.

²⁶ Prefacio al Ordinal, Libro de Oración Común, 1549, 1552 y 1662.

²⁷ Torrance: [Para Calvino] "el ministerio ordenado de la Iglesia [es] reflejado en medio de la comunidad de creyentes en la forma de un ministerio divinamente instituido, un episcopado celebrado en su calidad de unificación..." El comentario se hace en el contexto del uso de Calvino de Cipriano para argumentar en contra de los reclamos papales (*Royal Priesthood*, p. 92).

6. Presencia eucarística

Probablemente la cláusula más problemática en la Declaración de Principios para muchos cristianos es la declaración de que 'esta iglesia condena y rechaza ... Que la presencia de Cristo en la Cena del Señor sea una presencia en los elementos de Pan y Vino'. Esto parece enseñar lo que se ha llamado una doctrina de 'Ausencia Real' de Presencia eucarística (comúnmente asociada con el nombre del sacerdote católico suizo convertido en el reformador Ulrich Zwingli) según la cual el comulgante recibe simplemente pan y vino "ordinarios" y cualquier elemento de memorial es únicamente un acto de memoria. Esto no es lo que creemos como Obispos Episcopales Reformados, ni creemos que sea el entendimiento pretendido en la Declaración de Principios. Nuestra convicción se basa en las siguientes razones:

- (a) Como ya se ha recalcado, la intención del obispo Cummins era restaurar las "sendas antiguas"; él deseaba llevar a la Iglesia a la teología de los reformadores ingleses. No era su intención inventar una nueva definición de Presencia Eucarística.
- (b) Para ser fiel a la intención del Obispo Cummins, por lo tanto, las Iglesias Episcopales Reformadas están comprometidas con la teología eucarística de los Reformadores Ingleses. Fundamentalmente, estos se entendieron a sí mismos, no como innovadores, sino como restauradores de la doctrina patrística que se había oscurecido y corrompido en la Iglesia occidental en los tres siglos inmediatamente anteriores a su propio tiempo. Aunque a menudo descritos como mártires protestantes, Ridley y Cranmer murieron por una fe patrística. El arzobispo Cranmer creía apasionadamente que 'Muchos autores antiguos, tanto griegos como latinos,... más de mil años después de Cristo enseñaron como yo'. Él apeló a 'la antigua Iglesia de Roma, [que] por mil años juntos, ni creyó ni usó el sacramento como la Iglesia de Roma lo ha hecho en los últimos años'.²⁸ Como indica el título de su libro, Cranmer quiso defender "La Verdadera y Católica Doctrina del Sacramento del Cuerpo y la Sangre de Cristo ... cimentada y establecida por la Santa Palabra de Dios y aprobada por el Consentimiento de los Doctores más Antiguos de la Iglesia".²⁹ Esta apelación a las Escrituras y los Padres fue hecha tanto por los Reformadores Ingleses como por sus contemporáneos continentales.
- (c) (c) ¿Qué enseñaron los Padres? Su enfoque de este tema se puede resumir brevemente:
 - a. Los primeros escritores post-apostólicos continuaron el lenguaje inconscientemente "realista" de los Evangelios y San Pablo. Ignacio de Antioquía, al comienzo del siglo II, utilizó la creencia de la Iglesia de que "la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo" para contrarrestar a quienes negaban la realidad de la encarnación.³⁰ Unas pocas décadas más tarde, Justino Mártir pudo escribir: 'se nos ha enseñado que el alimento que ha sido eucaristizado mediante la palabra de oración que proviene de él – alimento por el cual nuestra sangre y carne se nutren mediante

²⁸ 'Carta a la Reina María '[Sept. 1555], en Duffield (ed.), *The Work of Thomas Cranmer*, p. 297.

²⁹ Pagina del título.

³⁰ *Smyrneans*, 6. 2.

transformación – es tanto la carne como la sangre del Jesús que se hizo carne'.³¹
Este lenguaje de identidad es continuado por escritores posteriores.

- b. La presencia eucarística no fue objeto de controversia en los primeros siglos. Hubo debates y divisiones sobre muchos temas, pero la realidad de la presencia de Cristo en la Eucaristía no era uno de ellos. Fue aceptado por todas las partes.
 - c. No hubo ningún intento de producir una explicación oficial de *cómo* el pan y el vino podrían ser el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Diferentes Padres usaron diferentes términos - 'imagen', 'tipo', 'semejanza', etc. - y algunas veces el mismo escritor podría usar terminología diferente en diferentes lugares, pero la identificación de los elementos con el Cuerpo y la Sangre de Cristo es consistente entre ellos.
- (d) Las convicciones del Obispo Cummins sobre la teología del Libro de Oración fueron de hecho más amplias y más generosas de lo que sugiere la breve declaración en la Declaración de Principios. El propio obispo Cummins escribió:

*El Libro de Oración "no está comprometido con ningún sistema humano de teología, pero es lo suficientemente amplio y exhaustivo como para abarcar a hombres que difieren ampliamente en sus interpretaciones y definiciones de la verdad de las Escrituras. ... [L] a teología del Libro de oraciones ... no es luteranismo, ni calvinismo, ni arminianismo; pero, mejor que todos, abarca todo lo que es precioso y de verdad vital en cada uno de estos sistemas, pero sin comprometerse con ninguno; y un discípulo de cada una de estas escuelas puede encontrar en ella aquello que le da "descanso a su alma"."*³²

Más adelante en el mismo sermón, Cummins enumera a calvinistas, arminianos, wesleyanos y luteranos como aquellos que pueden encontrar doctrinas que son preciosas para ellos consagradas en el Libro de oración. Particularmente significativo es el hecho de que el nombre de Zwingli no aparece en esa lista. Cummins no afirmó que cualquiera que abogase por una doctrina de 'Ausencia Real' de la Presencia Eucarística encontraría su posición respaldada por los ritos del Libro de Oración. En esto, Cummins está siendo fiel a la herencia auténtica de la Iglesia de Inglaterra que tanto significaba para él. La idea de una "ausencia real" está expresamente excluida por los formularios anglicanos. La 'Homilía sobre recibir dignamente y reverenciar el sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo' dice: [el comulgante] por lo menos, debe estar seguro de mantener, que en la cena del Señor no hay ceremonia vana, ni señal desnuda, ni figura falsa de una cosa ausente, sino como dice la Escritura, ... la comunión del cuerpo y la sangre del Señor en una incorporación maravillosa...'³³ Además, aunque Zwingli está ausente, Lutero está presente:

³¹ Justin, *Apología*, 66.

³² 'El sermón del obispo Cummins en defensa del libro de Oración Común', en *Four Documents*, Philadelphia, M'Calla & Stavely, 1874, p. 25f.

³³ Gerald Bray (ed.), *The Books of Homilies: A Critical Edition*, Cambridge, James Clarke & Co., 2015., p. 428f.

*¿Dan gran valor a la participación digna del cuerpo y la sangre de Cristo los Luteranos? Sin duda, el lenguaje elevado y brillante del oficio de la comunión está listo para satisfacer los anhelos más profundos del alma ...*³⁴

En contraposición al lenguaje crudo de la sección IV de la Declaración de Principios debe ponerse no solo las Escrituras, los Padres, los Reformadores Ingleses, los Artículos y el lenguaje del Libro de Oración Común, sino las convicciones del mismo Cummins, expresadas de una manera más mesurada en otros tiempos cuando no estaba bajo presión extrema.

- (e) Adicionalmente, la amplitud de las convicciones de Cummins se evidencia en el hecho de que la primera persona que él procuró consagrar como obispo de la recién constituida Iglesia Episcopal Reformada fue su mentor Muhlenberg.³⁵ La relevancia de este hecho se vuelve clara cuando se recuerda que Muhlenberg ya había dado expresión práctica a su compromiso apasionado con el concepto de catolicismo evangélico: por ejemplo, la dedicación de la primera iglesia que construyó fue 'La Iglesia de la Santa Comunión'; abogó en favor de la Eucaristía semanal; él fue fundador de una comunidad de hermanas; usaba estola; y constantemente afirmó que "todo verdadero evangélico debe ser católico".³⁶ El que Cummins desease con fervor que un hombre así fuese su colaborador en el episcopado para sentar juntos los fundamentos de la Iglesia Episcopal Reformada, indica una amplitud de simpatía y tolerancia que debe tenerse en cuenta al evaluar el texto que compuso.³⁷

¿Cuáles son las consecuencias de todo esto para nuestra interpretación de este 'punto'? Cummins era un hombre valiente y visionario, pero él y los Principios que redactó no son infalibles. En este caso, pueden ser malentendidos si se les considera de manera aislada de las otras fuentes de doctrina en la Iglesia Episcopal Reformada y de la Declaración de Principios misma.

El Artículo XX de los Treinta y Nueve Artículos declara el principio de que no es lícito "exponer un lugar de la Escritura, de modo que sea repugnante a otro". El mismo principio seguramente debe mantenerse aquí. La declaración de la sección IV no debe ser interpretada de modo que resulte repugnante a las Escrituras, los Padres, los Concilios, los reformadores y los formularios anglicanos, o a los propios puntos de vista del mismo Cummins, según fueron expresados en otros lugares.³⁸ El *error* que esta declaración procura evitar – la reducción de la Eucaristía a la creación de un objeto talismánico – es claro y su rechazo es legítimo. Sin embargo, esta parece ser una situación en la que dichos Principios deben ser sometidos al escrutinio de las mismas fuentes de doctrina ya reconocidas por la familia episcopal reformada, según han sido enumeradas anteriormente.

Esas fuentes de doctrina nos aconsejarían – de hecho nos requieren – seguir el ejemplo de los Padres y permitir que exista una variedad de teorías sostenidas lado a lado dentro del abrazo tolerante de la Iglesia.³⁹ Ahora bien, eso no significa que todas las teorías sean igualmente válidas. Los reformadores ingleses tenían buenas razones (filosóficas y teológicas) para rechazar el concepto

³⁴ 'Bishop Cummins 'Sermon en defensa del libro de Oración Común', p. 25f.

³⁵ Guelzo, *Por la Unión de Cristiandad Evangélica*, p. 212.

³⁶ Ayres, *Muhlenberg*, pp. 177, 188 ff, 224, 242, 505 *et passim*.

³⁷ En caso de que Muhlenberg no se uniera a Cummins en la Iglesia Episcopal Reformada.

³⁸ De manera similar, la enseñanza de Cranmer debe ser juzgada en relación con las fuentes, las Escrituras, 'la Iglesia católica y los muy santos Padres de antaño' – que él mismo reconoció.

³⁹ Usando la fraseología de Michael Ramsey (*The Gospel and the Catholic Church*, p. 96).

de transustanciación tal como fue entendido para fines de la Edad Media.⁴⁰ Al mismo tiempo, el insistir en una teoría particular nos haría culpables del mismo error que los reformadores y las iglesias orientales acusaron a Roma de cometer cuando insistió en la transustanciación como *el único* medio legítimo para definir el misterio. Es más honesto aceptar que la presencia de Cristo en la Eucaristía no ha sido definida por ningún Concilio Ecuménico y, de hecho, está más allá de la comprensión o definición humana.

Los Treinta y Nueve Artículos de Religión, por ejemplo, adoptados en la primera Declaración de Principios, así lo reconocen. El artículo XXVIII declara: "el cuerpo de Cristo se da, se toma y se come en la Cena solo de una manera celestial y espiritual". Este lenguaje no fué parte de los Cuarenta y dos Artículos que les precedieron. Sin embargo, después de la muerte de Cranmer, la Iglesia de Inglaterra añadió este lenguaje a la versión final de los Treinta y Nueve Artículos aprobados en 1571. El Artículo conserva el sentido de la Iglesia Bíblica y Antigua de que el Cuerpo de Cristo se administra claramente en la Cena en una forma indefinida y de manera misteriosa, mientras que solo es efectivo para aquellos que lo reciben por fe con acción de gracias.

Para ser una realidad para los fieles, la doctrina a la que las teorías buscan dar expresión debe expresarse en la liturgia. Para Cummins, el Libro de Oración Común tenía el potencial de ser "la cadena de oro para restaurar la unidad antigua del reino del Redentor" porque "encarna, como ningún otro volumen no inspirado, la antigua y primitiva fe *católica* de la Iglesia de Cristo".⁴¹ Esta fe católica – con su convicción inquebrantable, de que el que recibe dignamente el Pan y Vino sacramental se alimenta verdaderamente del Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Eucaristía – es la que mantiene la Familia de Iglesias Episcopales Reformadas. Esta alimentación es posible gracias al poder del Espíritu Santo que permite que nuestro comer y beber sacramental "de una manera celestial y espiritual" sea un anticipo del banquete celestial. Más allá de esto, quedamos en silencio ante un misterio.

7. *Regeneración bautismal*

La Iglesia Episcopal Reformada se formó en el contexto de una controversia del siglo XIX sobre la palabra "regenerado" en el servicio bautismal. Tanto en América del Norte como en el Reino Unido, el contexto fue uno en que se practicó generalmente el bautismo indiscriminado de niños infantes de padres quienes mantenían la menor lealtad para con la Iglesia. Reclamar, como lo hace el Orden del Bautismo en el Libro de Oración Común, que tales niños son 'regenerados' (entendidos como

⁴⁰ Ver el Artículo XXVIII de los Artículos de Religión. El artículo IV de la constitución de la RECUSA establece: "Nada calculado para enseñar que en la celebración de la Cena del Señor, los elementos del pan y el vino se transforman en la Carne y Sangre natural [es decir física] de Cristo, se permitirá alguna vez en el culto o la enseñanza de esta Iglesia.' Téngase en cuenta que el lenguaje de los *Artículos de la Religión* aborda lo que la doctrina de la transustanciación significaba a fines de la Edad Media en el momento de la Reforma. *Esta comprensión fue significativamente diferente de lo que Tomás de Aquino había querido decir con el término.* Él utilizó el término para referirse al cambio en la incidencia o esencia del sacramento. La forma o el accidente, es decir, el pan y el vino, no cambian. Efectivamente, por lo tanto, el sacramento era misteriosamente dos cosas a la vez. Después de Tomás de Aquino, el movimiento filosófico conocido como nominalismo impactó drásticamente la doctrina de la transustanciación. El nominalismo, entre otros puntos, declaró que "una cosa solo puede ser una cosa". Esto no fue lo que dijo Aquino. Contrariamente al tomismo, el nominalismo redujo la creencia en la transustanciación en una visión de que los elementos se convierten físicamente en el Cuerpo y la Sangre. El resultado fue una superstición crasa, reduciendo el sacramento a un objeto mágico. Para ser precisos, este punto de vista de la transustanciación fue condenado por los *Artículos*.

⁴¹ *Four Documents*, p. 17. Énfasis añadido.

'guardados para la eternidad', independientemente de lo que hicieran en la vida posterior) simplemente como resultado de ser bautizados, parecía a muchos atribuir al sacramento una eficacia mecánica contraria al tenor de las Escrituras. Este asunto se puede abordar en general partiendo desde tres acercamientos:

- a. El Nuevo Testamento mismo nos muestra que la regeneración, si se entiende como un revivir interior, puede preceder, acompañar o seguir el acto del bautismo (Hechos 10: 44-48; 22:16; 8: 14-17). También nos muestra personas cuyo bautismo no parece haber producido un nuevo nacimiento (por ejemplo, Simón el Mago, Hechos 8: 18-23, y Alejandro el calderero. 2 Timoteo 4:14) y advierte contra la suposición de que todos los que son bautizados y comen y beben [de la Santa Comunión] son aceptos ante Dios (1 Corintios 10: 1-6). Por lo tanto, creemos que la aplicación más honesta de la evidencia del Nuevo Testamento es afirmar que existe una conexión entre la regeneración y el bautismo, mientras se conceda que la regeneración puede preceder, acompañar o seguir al bautismo, o no tener lugar en absoluto.⁴²
- b. Existe la tendencia a equiparar el término regeneración con la conversión moral y vivificación interna. La palabra en su sentido clásico en el Libro de Oración Común significa el "estado en el cual uno fue colocado en el bautismo", en el sentido de ser colocado en Cristo y su Iglesia, pasando del reino de las tinieblas al reino de luz. La Colecta para el Día de Navidad en el Libro de Oración Común usa la palabra regeneración en este sentido: "OMNIPOTENTE Dios, que nos diste a tu unigénito Hijo para que tomase sobre sí nuestra naturaleza, y naciese en un tiempo como éste de una virgen pura; Concede que siendo regenerados y hechos tus hijos por adopción y gracia, seamos cada día renovados con tu Santo Espíritu..." El uso de la palabra "regenerado" en este contexto se aplica a la congregación en el sentido que el prominente líder evangélico J.C. Ryle (primer obispo de Liverpool) llamó "suposición caritativa".⁴³ Es decir, todos se presumen regenerados basado en el pacto del bautismo. Al mismo tiempo, que retenemos la Colecta del Día de Navidad, las Iglesias Episcopales Reformadas siempre hemos enfatizado que la fe evangélica es necesaria para hacer efectivo el sacramento del bautismo.
- c. El Obispo Cummins mismo no tuvo problemas con el concepto correctamente entendido. En 1873, dirigiéndose a la Alianza Evangélica hablando sobre el tema de "Las doctrinas de la justificación, romana y reformada, contrastadas" dijo:
"Si se pregunta, ¿cuál es la relación del bautismo con la justificación según la Iglesia Reformada, tal vez la mejor respuesta se encuentra en el Artículo Vigésimo Séptimo de la Iglesia de Inglaterra. 'El bautismo no es solo un signo de profesión, por el cual se discierne a los hombres cristianos de los que no se bautizan; pero también es un signo de la regeneración, mediante el cual, como por un instrumento, los que reciben el bautismo rectamente son injertados en la Iglesia; las promesas del perdón de los pecados y de nuestra adopción como

⁴² Hoy, la Iglesia Católica Romana enseña que en algunos bautizados en la infancia 'el pecado impide que el Bautismo lleve los frutos de la salvación' (*Catechism of the Catholic Church*, para. 1272).

⁴³ *Knots Untied: siendo declaraciones sencillas sobre puntos controvertidos en la religión desde un punto de vista evangélico, (resumido y revisado por C. Sydney Carter)*, London, James Clarke & Co, 1959, pp. 98-103.

hijos de Dios se firman y sellan visiblemente, se confirma la fe y se aumenta la gracia en virtud de la oración a Dios.'

En esto todo el protestantismo concuerda: la fe es el único instrumento de justificación.

El bautismo es:

- 1. Un signo de la profesión de un hombre cristiano.*
- 2. Un signo de regeneración o nuevo nacimiento.*
- 3. Un instrumento, cuando es recibido rectamente, mediante el cual somos injertados en la Iglesia.*
- 4. Las promesas de nuestro perdón y adopción son visiblemente firmadas y selladas; y*
- 5. La fe es confirmada y la gracia aumentada en virtud de la oración a Dios.⁴⁴*

La aceptación de Cummins del concepto de regeneración bautismal fue consistente con la de otros líderes evangélicos de la época quienes estuvieron listos a defender su uso en la liturgia bautismal, siempre que fuese entendido correctamente.⁴⁵ En su más reciente revisión litúrgica, la Iglesia Episcopal Reformada en América del Norte ha sido capaz de restaurar el término 'regenerado' al Servicio de Bautismo, explicando su significado en una rúbrica al final del oficio:

La palabra 'regenerado' en este oficio de Bautismo está bien intencionada para significar nuestra injercción e incorporación en el rebaño de Cristo y un reconocimiento agradecido de los beneficios de Cristo allí dados a todos los que reciben el Bautismo rectamente (ver Artículo xxvii). Con todo, para evitar que la misma palabra sea malinterpretada por cualquier persona, ya sea por ignorancia, malicia u obstinación: Por la presente se declara que el uso de esta palabra no pretende denotar una alteración esencial en la naturaleza, ni el pasar, como por un proceso misterioso, a la plenitud de la vida religiosa marcada por la fe, el arrepentimiento, la santidad incipiente, los deseos ardientes por Dios u los afectos elevados.⁴⁶

La obra del Espíritu Santo no está bajo nuestro control – ‘El viento sopla donde quiere. Escuchas su sonido, pero no puedes decir de dónde viene ni a dónde va. Así es con todos los nacidos del Espíritu’ (Juan 3:8). Veneramos y usamos la ordenanza que el Señor nos ha ordenado, y dejamos a su providencia misericordiosa el misterio de su eficacia.

⁴⁴ Citado en el informe de la Comisión Litúrgica Permanente al Quincuagésimo Concilio General de la Iglesia Episcopal Reformada (ver nota 46).

⁴⁵ Ver el ensayo de Ryle, "Declaraciones del libro de oraciones sobre la regeneración", en *Knots Untied*, pp. 94-117.

⁴⁶ Consejo General de la Iglesia Episcopal Reformada. *Journal of the Proceedings of the Fiftieth General Council of the Reformed Episcopal Church* (Filadelfia: Iglesia Episcopal Reformada, 2002), 183-4. Las revisiones a la oficina bautismal fueron presentadas en este concilio para la primera lectura y fueron aprobadas para la segunda lectura, y por lo tanto aprobadas para su incorporación al *Libro de Oración Común*, en el 51 ° Consejo General, celebrado en Orlando, Florida, 2005.

8. *Las cláusulas de la Iglesia de Irlanda*

Estas cláusulas, exclusivas de la versión británica de la Declaración de Principios, no son controversiales. La descripción de la Iglesia como 'Reformada y Protestante' simplemente refleja la descripción de la Iglesia de Inglaterra tal como se encuentra, por ejemplo, en el juramento de la Coronación.⁴⁷ El compromiso de mantener comunión con todas las iglesias cristianas es notable en su contexto pre-ecuménico del siglo XIX, pero totalmente coherente con la visión en favor de la unidad cristiana de Muhlenberg y Cummins.

La cláusula final derivada de la Constitución de la Iglesia de Irlanda nombra 'la Fe primitiva' como la norma para la doctrina y la adoración. Esto está obviamente en línea con el respeto por los Padres y la Iglesia primitiva que se menciona arriba y refleja el sentido de continuidad histórica de la Iglesia de Irlanda, que como Episcopales Reformados compartimos.

Conclusión

Por lo tanto, si bien la Declaración de principios forma parte inalienable de la historia episcopal reformada, debe ejercerse precaución en su interpretación. Como hemos demostrado, los principios de La declaración nunca tuvieron la intención de establecer una nueva declaración de fe, sino de garantizar que la Iglesia que los adoptó se mantuviera dentro del patrimonio anglicano histórico del que otros se apartaban. Creemos que, correctamente entendido, todo lo que contienen es consistente con la corriente principal del anglicanismo, con un consenso ecuménico general y, lo más importante, con el cristianismo apostólico.

Como episcopales reformados no intentamos disfrazar el hecho de que algunos de nuestros formularios fueron escritos en gran medida contra la enseñanza católica romana del siglo XIX y la enseñanza anglo-católica. No negamos nuestro pasado. Tampoco pretendemos que todos estos asuntos importantes se hayan resuelto o que no importen. Sin embargo, afirmamos nuevamente que los Principios deben someterse al escrutinio de sus propias fuentes de doctrina declaradas, es decir, las Escrituras y los Padres y Concilios que concuerden con las Escrituras.⁴⁸ El interpretar los Principios de una manera que contradiga las Escrituras apostólicas o que nos coloque fuera de la "lectura histórica y consensuada" de esas Escrituras a lo largo de los siglos sería una negación de todo lo que representamos. Donde hubiere algún choque, la Declaración de Principios debe ceder y no al revés. Si la Declaración de Principios sirviera para obstaculizar la unión de cristianos bíblicamente ortodoxos, entonces estaría efectivamente frustrando el propósito de Muhlenberg y Cummins.

En acuerdo con el propósito de unir al pueblo de Cristo, actualmente estamos comprometidos con otros a nivel internacional para ponernos en pie en defensa de la fe apostólica frente a amenazas tanto dentro como fuera de la Iglesia. Claramente, la Declaración de Principios no ha constituido un obstáculo para esto, como lo muestra nuestra participación en el movimiento de GAFCON y la membresía de la Iglesia Episcopal Reformada en la Iglesia Anglicana en Norte América.

⁴⁷ "¿Harás todo lo posible para mantener en el Reino Unido la religión protestante reformada establecida por la ley? ¿Preservarás y conservarás inviolablemente el asentamiento de la Iglesia de Inglaterra ...?" (<https://www.royal.uk/coronation-oath-2-june-1953>).

⁴⁸ Artículo II de la Constitución de la Iglesia Libre de Inglaterra y la Declaración Teológica de la ACNA.

Como episcopales reformados, hemos sido bendecidos con una rica historia y una visión excitante. No creemos que la Declaración de Principios deba ser un obstáculo para cualquiera que comparta la visión de una Iglesia edificada sobre los fundamentos Católicos Evangélicos del patrimonio anglicano..

En Norte America

El Muy Rvdmo. Ray R. Sutton

El Rvdmo. Walter R. Banek

El Rvdmo. David L. Hicks

El Rvdmo. R. Charles Gillin

El Rvdmo. Alphonza Gadsden

El Rvdmo. William White

El Rvdmo. Daniel R. Morse

El Rvdmo. Peter Manto

Croacia

El Rvdmo. Jasmin Milic

Canadá occidental

El Rvdmo. Charles Dorrington

Alemania

The Rvdmo. Gerhard Meyer

Iglesia libre / REC de Inglaterra

El Muy Rvdmo. John Fenwick

El Rvdmo. Paul Hunt

Cuba

El Rvdmo. Willian Mendez Suarez

TO THE FAITHFUL MEMBERS OF THE REFORMED EPISCOPAL FAMILY OF CHURCHES

On behalf of all the Bishops of the Reformed Episcopal Churches, we bring you greetings in the Name of our Lord and Savior Jesus Christ!

We write to commend an important teaching document produced by us, *Understanding the Declaration of Principles in the 21st Century*. The need for this work results from the significant growth of our part of the Lord's Church over the last century or so. In particular, much has happened during this long period which reflects how the Holy Spirit has led our understanding of the *Declaration of Principles*.

Over the years our mission and growth have necessitated many changes. Constitutions and Canons have been updated, liturgical provision has been revised, and our engagements with other Christians (most recently within the GAFCON movement) have required us to express our faith in present-day terms. In all of this our intention, and that of our predecessors, has been to ensure that the substance of the faith is kept entire, though some of the language we use may differ from age to age.

In light of commitment to our Lord Jesus Christ, to the infallible Word of God Written, and to all our doctrinal statements, we therefore provide the teaching, *Understanding the Declaration of Principles in the 21st Century*. We hope that this instruction will further us in the classical Anglican heritage that we represent. Bishop Cummins called this legacy "The Old Paths . . . with unbroken succession through the Church of England, with the Church of Christ from the earliest Christian era."

It is our earnest desire that the instruction by the Bishops of your church would be prayerfully considered and received. Out of pastoral love we present this teaching for the Glory of God and for the edification of all Reformed Episcopalians and those who seek to understand us better. To these ends, we trust our Lord to continue His blessing on this faithful portion of His Church.

Sincerely in Christ,

The Most Rev. Ray R. Sutton, Ph.D.

Presiding Bishop, North America

The Most Rev. John Fenwick, D.D.

Primus, The Free Church of England

Feast of St Augustine of Hippo 28th

August 2018

UNDERSTANDING THE DECLARATION OF PRINCIPLES IN THE 21ST CENTURY

A STATEMENT BY THE BISHOPS OF THE REFORMED EPISCOPAL FAMILY OF CHURCHES

'Always be prepared to give an answer to everyone who asks you to give the reason for the hope that you have.' (1 Peter 3:15)

Christians have always given summaries of their faith. A Rule of Faith (a basic version of the later Creeds) can be found as early as the 2nd century. Often such summaries have been in response to particular circumstances or doctrinal controversies. The Nicene-Constantinopolitan Creed, which is the most universally acknowledged summary of the Faith, came into being in the 4th century precisely in response to threats to apostolic teaching. In recent years the Global Anglican Future Conference (GAFCON) produced the Jerusalem Declaration in 2008⁴⁹ and the Anglican Church in North America (ACNA) adopted a Theological Statement at its inception a year later.⁵⁰

On 2nd December 1873, at the inauguration of the Reformed Episcopal Church in North America, a foundational document was adopted which was intended to address specific controverted issues of the time. The name given to this document was The Declaration of Principles.⁵¹

Contrary to all expectation, since that inaugural meeting the Reformed Episcopal Church has grown into a worldwide family of Churches, with representatives in the United States, Canada, the United Kingdom, Brazil, Venezuela, Cuba, Russia, Germany, Croatia, France and Australia. In the United Kingdom the Reformed Episcopal Church united in 1927 with The Free Church of England, an older body of Anglican heritage, to form the present day 'Free Church of England otherwise called the Reformed Episcopal Church', which adopted the Declaration of Principles, adding two further clauses (see below).⁵²

Much has changed in the world and the Church since the 19th century. Old controversies have lost some of their heat, while new ones have arisen. The Anglican family of Churches is experiencing a great deal of turmoil as a result of which increasing numbers of people are looking to the Reformed Episcopal Churches as a potential new home.

However, for some people who are otherwise sympathetic to the Reformed Episcopal family the Declaration of Principles appears problematic. This is usually for two main reasons.

Firstly, the various forms of the Declaration of Principles deriving from that of 1873 contain a section (Section IV), which is stated in the negative. As such they take on a very negative tone – 'this Church CONDEMNS and REJECTS' - leading to the impression that we are essentially negative, defining ourselves by what we are *against*; people quick to condemn, but with little positive to say. We regret that this impression may have been caused, for the Gospel is about *affirming* what God in his love has done for our salvation. There are indeed teachings and practices which Reformed Episcopalians believe to be incompatible with the truth about God as revealed in Scripture and supremely in Jesus Christ, but our overall approach must be *positive* - we have, after all, *Good News* to proclaim!

⁴⁹ <https://www.gafcon.org/resources/the-complete-jerusalem-statement>

⁵⁰ <http://www.anglicanchurch.net/index.php/main/Theology/>

⁵¹ <http://recus.org/principles.html>.

⁵² <http://fcofe.org.uk/wp-content/uploads/2018/03/declaration.pdf>.

The real problem with this section of negations is that the positives which the Reformed Episcopal Churches affirm are not stated in the document itself. At the time, given knowledge of Bishop Cummins' ecumenical commitment as well as the wider historic context, they could be assumed, but their absence has proved problematic for subsequent generations.

The correct approach is that the positives can only be supplied by *all* of the standards of the Reformed Episcopal Churches, as they have been applied throughout our history. These doctrinal standards affecting how the Declaration of Principles has been understood are: the Holy Scriptures, the Articles of Religion, the Book of Common Prayer (not only the 1662 version, but (for the REC in North America the American 1928 BCP), and other statements such as the Chicago-Lambeth Quadrilateral, the Jerusalem Declaration, and (in America) the Theological Statement of the Anglican Church in North America. In addition the Constitution and Canons have been revised in both North America and in the United Kingdom. Ecumenical doctrinal agreements (particularly in the U.S.) should be factored in. This complex of documents reflects a balanced understanding of the Declaration of Principles. The aim of this commentary is to draw attention to this fuller context and the positive affirmations which it provides, while correcting misunderstandings of what precisely was being denied.

The second reason that some people have a problem with the Declaration of Principles is that in places it seems to say *less* than historic Christianity – and the Anglican tradition of which the Reformed Episcopal Churches are part – has believed. This is especially true in Section IV. Before looking at this in more detail, it will be helpful first to explore the origins of the Declaration.

The origins of the Declaration of Principles

The Declaration of Principles arose out of the situations in North America and the United Kingdom in the 19th century. Growing industrialisation and secularism in western culture and the interference of the UK Parliament in the internal organisation of the Church of Ireland had led to a desire to re-affirm the Church's independence and spiritual authority. One aspect of this was a more sympathetic appreciation of the teachings and practices of the Church prior to its subjugation to the English Crown. This more positive re-appraisal (and the spontaneous re-introduction of a range of associated teaching and practice) produced a number of responses from Churchmen concerned that the supreme authority of God-given Scripture was being undermined and compromised. The Declaration of Principles was one such response. It was not, however, intended to say anything new, but simply to reaffirm biblical and patristic teachings, themselves reaffirmed at the Reformation, but which, it was felt at the time, were being obscured by rising trends and developments.

As a text the Declaration derives from three different sources, and these are themselves an insight into its primary concerns.

(d) The Muhlenberg Memorial

The oldest strand derives from William Augustus Muhlenberg (1796-1877). Muhlenberg was a presbyter of what was then called the Protestant Episcopal Church in the United States of America (PECUSA, now simply called The Episcopal Church (TEC)). He was ordained deacon in 1817 to serve at Christ Church, Philadelphia, as chaplain to Bishop William White, and ordained presbyter in 1820.

Muhlenberg was a committed Evangelical, but did not believe that Evangelical faith could only be expressed in a starkly Protestant ecclesiastical culture. He believed that to be an Anglican was also to be committed to the ancient, Undivided Church, which is what he meant when he referred to himself as not only 'evangelical' but 'catholic.' His vision was of an 'Evangelical Catholicism' that would marry the fervour of Evangelical faith to Catholic Church order. For a few years he produced a journal called *The Evangelical Catholic*. In it he defended his chosen nomenclature: 'we believe in Christianity, not as an abstraction, but as an institution – a divine institution, adapted to all mankind in all ages; in other words, the Catholic Church. This we declare in calling ourselves Catholics'.⁵³ The word 'Catholic', however, had become identified with Rome: 'Speak of *Catholics*, and not one in a hundred would suppose you mean any others than members of the Roman Church. If we will have the name, and surrender it we can not, we must qualify it, we must explain it ... therefore we style ourselves Gospel, that is *Evangelical Catholics*'. This, for Muhlenberg, was the distinguishing mark of the episcopal communion he believed in – 'we go at once to the Gospel, and assert ourselves Gospel (i.e. Evangelical) Catholics'. Moreover, it was a concept with a long and distinguished history. This, argued Muhlenberg, is what the 16th century English Reformers were, Gospel Catholics, helping the Catholic Church discover its Gospel roots.

Muhlenberg passionately believed that such an Evangelical Catholicism could unite the increasingly divided Protestant denominations of North America. In October 1853, he sought to put his vision of Christian unity into effect by, along with a number of other presbyters, presenting a Memorial to the House of Bishops of the Protestant Episcopal Church. The Memorial recommended making episcopal ordination available to clergy of non-episcopal Churches. This would be on the basis of a brief doctrinal test which Muhlenberg set out in 'An Exposition of the Memorial', published in November 1854 and addressed to the bishops of PECUSA, whom he addressed as 'a College of Catholic and Apostolic Bishops'.⁵⁴ The first clause of this required clergy seeking episcopal ordination to *declare their belief in the Holy Scriptures as the word of God, in the Apostles' and Nicene Creeds, in the divine Institution of the two sacraments, and in the 'doctrines of grace' substantially as they are set forth in the Thirty-Nine Articles*. Nothing came of this initiative, but Muhlenberg's text, virtually unaltered, forms the first clause of the Declaration of Principles.

(e) *The 1873 additions*

Muhlenberg's summary was to be taken up nearly twenty years later by a bishop for whom Muhlenberg was a beloved mentor. George David Cummins was consecrated as Assistant Bishop of Kentucky in 1866. He strongly shared Muhlenberg's vision that the Christians of North America should unite in an episcopal Church which unashamedly preached biblical doctrine, and that a shared faith in Jesus Christ itself created an essential unity among believers. In 1873 Bishop Cummins gave expression to his convictions by taking part in a service of Holy Communion in a Presbyterian Church. The strength of the criticism he received for doing this made it impossible for him to continue his ministry as a bishop in the Diocese of Kentucky. He therefore issued a rallying

⁵³ Anne Ayres, *The Life and Work of William Augustus Muhlenberg*, New York, Harper & Brothers, 1880, p.237ff. There are close parallels with Archbishop Michael Ramsey's definition of the 'Catholicism ... that sprang from the Gospel of God' as 'an organism that grew inevitably through Christ's death and resurrection' rather than a set of rules (Michael Ramsey, *The Gospel and the Catholic Church*, Peabody, Massachusetts, Hendrickson Publishers, 2009, p.56).

⁵⁴ Ayres, *Muhlenberg*, p.266.

call for the formation of an episcopal Church which would be more open and more robustly true to 'the faith once delivered to the saints' than PECUSA had become. In December 1873 this became a reality when the Reformed Episcopal Church was formally constituted, with Cummins as its first Presiding Bishop.

Bishop Cummins added to Muhlenberg's Memorial a number of clauses that addressed pressing doctrinal issues of the day. These need to be seen in context and their genesis taken into account. This section did not form part of Muhlenberg's carefully crafted text with which the Declaration begins. It was drafted by Bishop Cummins in the period between his resignation from the Protestant Episcopal Church on 10th November 1873 and the inaugural meeting of the Reformed Episcopal Church on 2nd December. During that three week period Cummins shared with others his vision of a Church with 'a primitive Episcopacy, and a pure scriptural liturgy, and a fidelity to the doctrine of justification by faith alone'⁵⁵ and, having ascertained that he would have support to bring such a vision into reality, took the necessary steps to do so. It was a period of intense activity. It is not surprising, therefore, that the five statements in Section IV are little more than short-hand responses – bullet-points in today's terminology – to matters that were foci of doctrinal controversy at the time.⁵⁶ While they were obviously issues on which Cummins had deliberated for years, it has to be accepted that they can not be the last word on the points in question. It is impossible, for example, to say all that needs to be said on the mystery of eucharistic presence in a single negative statement of nineteen words. In today's very different context the five statements should be approached with the intention of identifying the error which each clause is intended to exclude, and of stating the *positive* doctrine which we as Reformed Episcopal Churches teach on each subject. The various statements will be referred to below.

(f) *The Church of Ireland clauses (unique to the REC in the UK)*

In 1877 a branch of the Reformed Episcopal Church was established in the British Isles (alongside the pre-existing Free Church of England). The Declaration of Principles was adopted, but additional material was added to that deriving from the work of Muhlenberg and Cummins. Most of this new material was taken from the Constitution of the Church of Ireland. The disestablishment of that Church in 1870 had required it to define itself and draw up new governing documents. As a newly 'free' episcopal Church in the British Isles the Church of Ireland was seen a model for the UK branch of the REC (itself a 'free' episcopal Church in a country with an Established Church).

When the REC in the UK and the Free Church of England united in 1927 the Declaration of Principles in its British form was adopted as the common statement of faith.

The Intention and Teaching of the Declaration

As this brief look at its origins shows, the Declaration of Principles is not an attempt to depart from historic Christian beliefs or produce a new definition of the Christian faith. Rather, like the Jerusalem

⁵⁵ From Cummins' letter of resignation to the Presiding Bishop, Boswell Smith, dated 10th November 1873. Text in Alexandrine Macomb Cummins, *A Memoir of George David Cummins: First Bishop of the Reformed Episcopal Church*, Philadelphia, E. Claxton, 1878, p.420.

⁵⁶ Guelzo describes the Declaration, in the context of its time, as 'an unusually moderate document', with the 'bullet points' 'carefully worded to exclude only the most extreme ultras among the Anglo-Catholics' (Allen C. Guelzo, *For the Union of Evangelical Christendom: the Irony of the Reformed Episcopalians*, Pennsylvania, State University Press, 1994, p.156).

Declaration, it is an expression of a desire to unite Christians around the 'old paths' of historic biblical Christianity within an episcopally-ordered community. The language reflects the era in which the Principles were composed, but their teaching is grounded in Scripture and the Fathers, and is therefore timeless. At the inauguration of the REC Bishop Cummins stressed the *continuity*: 'We have not met to destroy, but to restore We claim an unbroken historical connection, through the Church of England, with the Church of Christ from the earliest Christian era'.⁵⁷

The wider context

It is important to remember that the Declaration of Principles is not the only doctrinal authority for us as Reformed Episcopalians. Article III of the Constitution of the Reformed Episcopal Church in North America states:

This Church holds the Faith as once delivered to the saints, and as transmitted through the Church of England, especially as articulated in her Reformation heritage, the range of her Anglican divines, and as deposited in the founding principles of the Protestant Episcopal Church in the United States of America. Furthermore, this Church receives and affirms Holy Scripture as the Word of God. We receive and affirm the three ancient creeds, commonly known as the Nicene, Apostles' and Creed of Athanasius, and the dogmatic definitions of the first four ecumenical councils of the undivided church. It also holds the following unalterable historical documents to be a part of the received Body of its Doctrine: (1) The Thirty-nine Articles of Religion in their 1801 form (2) The Declaration of Principles of 1873, as adopted by the first General Council of this Church (3) The Chicago-Lambeth Quadrilateral of 1886-1888 (4) The Jerusalem Declaration of 2008.

The Reformed Episcopal Church in North America has also, as already noted, during the course of its long history, undertaken Prayer Book revision (including restoring the 1662 BCP as well as approving the American 1928 BCP), revised its Constitution and Canons (based on the 1920s Canons of the Episcopal Church), adopted other Anglican documents, and entered significant ecumenical relationships which have produced a number of doctrinal agreements, leading to intercommunion relationships with jurisdictions such as the Anglican Province of Nigeria and the Anglican Province of America. All of these developments have involved interpreting the Declaration of Principles within the wider context of historic, classical Anglicanism. They have been understood by ourselves and our partners as in no way contrary to Anglican norms and the fulsome and original 'Old Paths' vision of Bishop Cummins, extending back through the English Reformation to the Undivided Church.

This wider doctrinal heritage is also reflected in Article II of the Constitution of the Free Church of England:

The doctrine of the Free Church of England is founded in the Holy Scriptures and, following the example of the Reformers, in such teachings of the ancient Fathers and Councils of the Church as are agreeable to the said Scriptures.

In particular such doctrine is to be found in the Declaration of Principles, the Thirty-Nine Articles of Religion, and the authorised liturgies of this Church.

⁵⁷ Cummins, *Memoir*, p.435f.

The first thing to be stressed is that, as members of the Reformed Episcopal family, we are committed to the supreme and unique authority of the Scriptures: only from them may we teach things as necessary for salvation; but we approach Scripture from *within* the lived continuity of the People of God down the centuries, or, as the Jerusalem Declaration puts it, ‘respectful of the church’s historic and consensual reading’.⁵⁸

For this reason the Declaration of Principles itself points back to and affirms (as totally subordinate to Scripture) the classic Anglican sources of doctrine and identity – the Thirty Nine Articles, the Dominical Sacraments, the Creeds, episcopacy and liturgical worship. Cummins, as we have seen, explicitly saw himself and those with him who founded the Reformed Episcopal Church as ‘restoring old paths’, not creating something new.⁵⁹ Not all of these sources require separate comment, but some brief statements may be helpful.

9. *The Thirty-Nine Articles*

As the Catechism of the Anglican Church in North America states, the Articles are ‘the Anglican response to certain doctrinal issues controverted at that time, as expressing fundamental principles of authentic Anglican belief, and as one of the elements characteristic of the Anglican Way.’⁶⁰ They were never intended to be a complete systematic theology. Nor were they intended to be ‘partisan’:

To say that the Articles are a piece of Reformed theology ... is to ignore the eclectic nature of their theological pedigree. Furthermore, it is also to overlook the fact that the reason for this eclecticism is that differences between ‘Lutheran’ and ‘Reformed’ approaches to theology seem simply not to have been that important to those Reformers of the English Church who were responsible for the production of the Articles. We do not find in the writings of these Reformers the idea that there were two opposed theological blocs, Lutheran and Reformed, between which one had to choose. What we find instead is a stress on the agreement between Protestant theologians about the basic tenets of the faith and a minimising of the significance of the differences between them.’⁶¹

We believe that this stress on agreement rather than difference should guide our understanding of the Declaration of Principles.

10. *Episcopacy and ecclesiastical polity*

The statements about episcopacy and ecclesiastical polity were intended to express a conviction that members of Churches without bishops are nevertheless true Christians. This seems obvious today (and is formally admitted by the Roman Catholic Church, for example) but there were those in the 19th century who were prepared to deny it. The Declaration’s position is also in line with historic

⁵⁸ *Jerusalem Declaration*, clause 2.

⁵⁹ In his address at the inaugural meeting of the REC on 2nd December 1873 (Cummins, *Memoir*, p.435).

⁶⁰ ‘A Note on the Articles of Religion’, in *To Be a Christian: An Anglican Catechism*, Newport Beach, CA, Anglican House Publishers, 2014, p.147. The same phraseology is found in the Theological Statement of the ACNA.

⁶¹ Martin Davie, *Our Inheritance of Faith: A Commentary on the Thirty Nine Articles*, Malton, Gilead Books, 2013, p.21.

Anglicanism as expressed by Richard Hooker in his *Laws of Ecclesiastical Polity* and by other English divines. As John Bramhall, Bishop of Derry in the 17th century, put it: 'He is blind who does not see Churches without it [i.e. episcopacy]; he is hard-hearted who denieth them salvation. We are none of those hard-hearted persons'⁶²

11. Liturgical Worship

In relation to liturgical worship, the Declaration gives an honoured place to the 1785 American Prayer Book. Many of the Evangelicals who joined Bishop Cummins, believed that certain words and phrases found in the PECUSA Prayer Book could be interpreted to support erroneous doctrine. For this reason, an alternative was sought and the text of 1785 chosen. This had been the book proposed at the first General Convention of the newly independent Protestant Episcopal Church (though in the end it was not adopted). The 1785 Book in fact had a number of 'liberal' features (for example it omitted the Nicene Creed and a phrase from the Apostles' Creed) but, because it had a 'Low Church' feel (for example, it used the word 'Minister' instead of 'Priest'), it was seen by many Evangelicals as a defence against 'Catholic' interpretations. Bishop Cummins believed it to be the best available (since there was obviously no time to undertake a thorough revision of the PECUSA Prayer Book in the days leading up to the formation of the Reformed Episcopal Church). In practice, soon after the REC adopted the 1785 book, some of its deficiencies were corrected, such as the restoration of the Nicene Creed in the Communion service, and it was eventually superseded in North America. It seems never to have been used in the UK, where the 1662 Book of Common Prayer (with a few alterations) has always been the norm. The Declaration also gives the Church 'full liberty to alter, abridge, enlarge and amend' its Prayer Book, 'providing that the substance of the faith be kept entire'. Liturgical revision is perfectly consistent with Reformed Episcopal principles. Most recently the Reformed Episcopal Church in North America has produced a new Book of Common Prayer (in traditional and modern English forms) and the Free Church of England has begun a process of producing new texts.

12. The offering of Christ anew to the Father.

In the 16th century there were a number of ideas associated with the Eucharist which (at least at the popular level) were distortions of the ordinance instituted by Christ. One of the chief of these was that Christ was sacrificed again in each Mass. This popular belief was condemned in Article XXXI ('Of the one Oblation of Christ finished upon the Cross'). We note that the modern Roman Catholic Church regrets any impression that may have been given of a repetition of Christ's sacrifice in the Mass,⁶³ and that the unrepeatability of that sacrifice has been affirmed in other dialogues.⁶⁴ We note, too, that despite the mediaeval errors, the concept that the Eucharist is both a memorial and a

⁶² John Bramhall, *Works*, vol. III, (ed. Library of Anglo-Catholic Theology), p.518.

⁶³ *The Grace Given You in Christ: Report of the International Commission for Dialogue between the Roman Catholic Church and the World Methodist Church*, Lake Junaluska, World Methodist Council, 2006, p.55.

⁶⁴ See, for example, the Eastern Orthodox-Roman Catholic Consultation in the United States, 'An Agreed Statement on the Lima Document, *Baptism, Eucharist and Ministry*' 1984, section II, in John Borelli and John H, Erickson (eds,) *The Quest for Unity: Orthodox and Catholics in Dialogue*, NY, St Vladimir's Seminary Press, 1996, p.71; also that between the Roman Catholic Church and the Anglican Communion (see *Growing Together in Unity and Mission: An Agreed Statement of the International Anglican-Roman Catholic Commission for Unity and Mission*, London, SPCK, 2007, para. 40.

representation of Christ's sacrifice was not repudiated by Cranmer, but features in his treatise on the Lord's Supper. He quotes with approval the 12th century *Sentences* of Peter Lombard. Lombard, says Cranmer, 'judged truly in this point, saying "That which is offered and consecrated by the priest, is called a sacrifice and an oblation, because it is a memory and representation of the true sacrifice and holy oblation, made in the altar of the cross".'⁶⁵ With careful provisos, Cranmer accepts that the Eucharist can be called a sacrifice: '... because it was ordained of Christ to put us in remembrance of the sacrifice made by him upon the cross. And for that reason it beareth the name of that sacrifice ...' Cranmer then goes on to quote St Augustine in support of this understanding.⁶⁶

For many in the Anglican tradition such an understanding makes it legitimate to refer to the Holy Table as an altar: not an altar on which the Body and Blood of Christ are offered anew, but a different kind of altar – a memorial altar, which accompanies a memorial sacrifice. To this end, while Cranmer and the Council under King Edward VI ordered that stone altars be replaced with wooden tables, they nevertheless allowed that there was an acceptable use of the word 'altar'. Speaking of the 1549 Prayer Book they wrote: 'it calleth the table where the holy Communion is distributed, with lauds and thanksgivings unto the Lord, an altar; for that there is offered the same sacrifice of praise and thanksgiving'.⁶⁷ There is evidence that the word 'altar' continued in popular use throughout Anglican history.⁶⁸ It is the focal point of our prayers and material offerings: the rubrics of our Prayer Books have always directed the presbyter to place the gathered offerings of the people on it and to offer the Eucharistic prayers commemorating the Lord's death there.

We stress, however, that what is clearly contrary to Scripture, is any idea that Christ can be offered *anew*. Hebrews 9:25-6 clearly rules this out: *Nor did he enter heaven to offer himself again and again ... Then Christ would have had to suffer many times since the creation of the world*. We can never offer Christ *anew*, but at each Eucharist 'we proclaim the Lord's death until he comes' (I Corinthians 11:26).

13. Christian priesthood

This clause was a protest against the re-emergence of a crude concept of a self-perpetuating succession of 'sacrificing priests', endowed with powers virtually independent of the Christian community as a whole. Much confusion has been caused by the use of imprecise terminology. The English word 'priest' is derived ultimately from the Greek word *presbyteros* (elder).⁶⁹ However, it was also used as a translation of the Hebrew *kohen*, Greek *hiereus* and Latin *sacerdos* which mean a cultic, sacrificing priest. Although the Anglican tradition has always acknowledged that 'presbyter'

⁶⁵ *A Defence of the True and Catholic Doctrine of the Sacrament of the Body and Blood of Our Saviour Christ, ... made by the Most Reverend Father in God, Thomas, Archbishop of Canterbury, Primate of All England and Metropolitan*, Book V, chapter XIII.

⁶⁶ *A Defence*, Book V, chapter XIII

⁶⁷ 'The Council's Letter to Bp Ridley to take down Altars, and place Communion tables in their stead' [24 Nov. 1551], in Gervase E. Duffield (ed.), *The Work of Thomas Cranmer*, Appleford, Sutton Courtney Press, 1964, p.236.

⁶⁸ For example, George Whitefield, speaking of his diaconal ordination in Gloucester cathedral (wearing a surplice) says, 'When I went up to the altar, I could think of nothing but Samuel's standing before the Lord with a linen ephod' (*George Whitefield's Journals*, Edinburgh, Banner of Truth Trust, 1998, p.69).

⁶⁹ See many online dictionary definitions, for example: 'Old English *pr̥eost*, of Germanic origin; related to Dutch *priester*, German *Priester*, based on ecclesiastical Latin *presbyterus* 'elder' ' (<https://en.oxforddictionaries.com/definition/priest>). The French *prêtre* is from the same root.

and 'priest' are interchangeable terms,⁷⁰ the use of one word for two different concepts has led to an imbalance in understanding the second of the three historic Orders. This was resurgent in the 19th century and called forth the correction in the Declaration of Principles.

Nevertheless, both Reformed and modern Roman Catholic teaching underline the Triple Office of Christ – as Prophet, Priest and King. These attributes belong to *all* who are in Christ, but (like other attributes of Our Lord, such as Servanthood) are expressed *ministerially* by those ordained to lifelong roles in the Church. We therefore believe that it is legitimately possible to affirm that bishops and presbyters do indeed share the *same* priesthood as all believers, namely the priesthood of Christ himself, and, in their case, in a distinctive manner and measure appropriate to their role within the Body,⁷¹ or, as Torrance puts it, 'in a mode appropriate to those who are but stewards and servants'.⁷²

While we do not accept all the teaching of the Roman Church in this area, we can say that we, like her, ordain a man 'to priesthood in the presbyteral order'⁷³ in a sense that is entirely consistent with our stated sources of doctrinal authority and with the methodology of the English Reformers. The Reformed Episcopal Church has always accepted the norms of the Ordinal of the Book of Common Prayer and in particular its teaching that 'from the Apostles' time there have been these Orders of Ministers in Christ's Church: Bishops, Priests and Deacons' and that these Orders are to be 'continued, and reverently used and esteemed'.⁷⁴ Laity have never been allowed to preside at the Eucharist. In this sense Reformed Episcopalians have always recognized a special aspect of the Royal Priesthood. The ordained are a specification of what all are. In this properly understood sense, there is a ministerial, servant priesthood to the priesthood of all believers.

Thus, we can restate the clause of the Declaration of Principles positively and say that we affirm that there is only one priesthood in God's plan of salvation, namely that of Christ Himself. This

⁷⁰ For example, Richard Hooker, *Laws of Ecclesiastical Polity*, Book 5, 78: 'I rather term the one sort Presbyters than Priests because in a manner of so small moment I would not willingly offend their ears to whom the name of Priesthood is odious though without cause. ... Wherefore ... let them use what dialect they will, whether we call it a Priesthood, a Presbytership, or a Ministry, it skilleth not....'; Joseph Mede (1586-1638): *Diatribes: Discourses on Divers Texts of Scripture*, (1642) Book I, no.5, in *Works* (ed. J. Worthington), 1672, p.27: 'But if it be well examined, 'Priest' is the English of 'Presbyter' and not of 'Sacerdos', there being in our tongue no word in use for *Sacerdos* ... For who can deny that our word Priest is corrupted of Presbyter?' J.H. Newman's first Tract famously begins: 'I am but one of yourselves, - a Presbyter'. The current ordination rites of the Church of England include 'The Ordination of Priests, also called Presbyters' (*Common Worship: Ordination Services*, London, Church House Publishing, 2007, pp.31, 122). The REC canons state that the terms 'priest' and 'presbyter' are used interchangeably, when referring to those ordained to that office (Canon 7(8)).

⁷¹ 'The priestly ministry is ... a charismatic gift, enabling those who receive it to serve and build up the body of the Church' (International Commission for Anglican-Orthodox Theological Dialogue, *The Church of the Triune God, (The Cyprus Agreed Statement)*, London, Anglican Communion Office, 2006, p.73). '[O]rdination is not simply the committing of authority by the Church. It is first of all an invocation to the Father asking for the gift of the Spirit to the ordinand' (*Anglican-Reformed International Commission, God's Reign and our Unity*, London & Edinburgh, SPCK/St Andrew's Press, 1984, p.57).

⁷² Thomas F. Torrance, *Royal Priesthood*, Edinburgh, Oliver & Boyd, 1955, p.81. C.f. Nazir-Ali: 'If the office is to be understood as truly apostolic, bishops (and ministers who derive their authority from them) will be seen as representing Christ himself, in a particular way, to the people of God as well as to the world at large', (Michael Nazir-Ali, 'Towards a Theology of Choosing Bishops', in *The Church Observer*, (Trinity 2011), p.14).

⁷³ *Rites of the Catholic Church*, Collegeville, Liturgical Press, (1991), II, p.40.

⁷⁴ Preface to the Ordinal, Book of Common Prayer, 1549, 1552 and 1662.

priesthood Christ graciously imparts to His whole Church – ordained and lay – that together they may through Him offer spiritual sacrifices acceptable to God (1 Peter 2:5). The calling, equipping, authority and pattern of the ordained Ministry which serves this universal priesthood, derives directly from Christ, the Head of the Church, our Shepherd and High Priest (Hebrews 3:1, 1 Peter 2:25).⁷⁵

14. Eucharistic Presence

Probably the most problematic clause in the Declaration of Principles for many Christians is the statement that ‘this church condemns and rejects ... That the Presence of Christ in the Lord’s Supper is a presence in the elements of Bread and Wine’. This appears to teach what has been called a ‘Real Absence’ doctrine of eucharistic Presence (commonly associated with the name of the Swiss Roman Catholic priest turned Reformer Ulrich Zwingli) according to which the communicant receives simply ‘ordinary’ bread and wine and any element of memorial is solely an act of memory. This is not what we believe as Reformed Episcopal bishops, nor do we believe it is the understanding intended in the Declaration of Principles. Our conviction is based on the following reasons:

- (f) As has already been stressed, Bishop Cummins’ intention was to restore ‘old paths’; he wished to take the Church back to the theology of the English Reformers. It was not his intention to invent a new definition of Eucharistic Presence.
- (g) To be true to Bishop Cummins’ intention, therefore, the Reformed Episcopal Churches are committed to the eucharistic theology of the English Reformers. Crucially, these understood themselves to be, not innovators, but restorers of Patristic doctrine which had been obscured and corrupted in the Western Church in the three centuries immediately preceding their own time. Though often described as *Protestant* martyrs, Ridley and Cranmer died for a *Patristic* faith. Archbishop Cranmer believed passionately that ‘many old authors, both Greeks and Latins, ... above a thousand years after Christ taught as I do’. He appealed to ‘the old Church of Rome, [which] a thousand years together, neither believed nor used the sacrament as the Church of Rome hath done of late years’.⁷⁶ As the title of his book indicates, Cranmer wanted to defend ‘The True and *Catholic* Doctrine of the Sacrament of the Body and Blood of Christ ... grounded and established by God’s Holy Word and approved by the Consent of the Most Ancient Doctors of the Church’.⁷⁷ This appeal to Scripture and the Fathers was made both by the English Reformers and by their Continental contemporaries.
- (h) What did the Fathers teach? Their approach to this subject may be summarised briefly:
 - a. The earliest post-Apostolic writers continued the unselfconsciously ‘realistic’ language of the Gospels and St Paul. Ignatius of Antioch, at the very beginning of the second century, used the Church’s belief that ‘the Eucharist is the flesh of our

⁷⁵ Torrance: [For Calvin] ‘the priesthood of the Church [is] imaged in the midst of the community of believers in the form of a divinely instituted ministry, an episcopate held in a united capacity ...’ The comment is made in the context of Calvin’s use of Cyprian to argue against papal claims (*Royal Priesthood*, p.92).

⁷⁶ ‘Letter to Queen Mary’ [Sept. 1555], in Duffield (ed.), *The Work of Thomas Cranmer*, p.297.

⁷⁷ Title page.

Saviour Jesus Christ' to counter those who denied the reality of the incarnation.⁷⁸ A few decades later Justin Martyr could write: 'we have been taught that the nourishment that has been eucharistised through the word of prayer which comes from him – nourishment by which our blood and flesh are nourished by transformation – is both the flesh and blood of the Jesus who became flesh'.⁷⁹ This language of identity is continued by later writers.

- b. Eucharistic presence was not the subject of controversy in the early centuries. There were debates and divisions on many issues, but the reality of Christ's presence in the Eucharist was not one of them. It was accepted by all parties.
 - c. There was no attempt to produce an official explanation of *how* bread and wine could be the Body and Blood of Christ. Different Fathers used different terms – 'image', 'type', 'likeness', etc – and sometimes the same writer could use different terminology at different places, but the identification of the elements with the Body and Blood of Christ is consistent among them.
- (i) Bishop Cummins' convictions on the theology of the Prayer Book were in fact broader and more generous than the brief statement in the Declaration of Principles suggests. Bishop Cummins himself wrote:

*The Prayer Book 'is committed to no human system of theology, but is broad enough and comprehensive enough to embrace men who differ widely in their interpretations and definitions of Scriptural truth. ... [T]he theology of the Prayer Book ... is not Lutheranism, nor Calvinism, nor Arminianism; but better than all, it embraces all that is precious and of vital truth in each of these systems, yet committing itself to none; and a disciple of each of these schools may find in it that which gives "rest to his soul".'*⁸⁰

Later in the same sermon Cummins lists Calvinists, Arminians, Wesleyans and Lutherans as those who may find doctrines that are precious to them enshrined in the Prayer Book. Particularly significant is the fact that the name of Zwingli does not appear on that list. Cummins did not claim that anyone who advocated a 'Real Absence' doctrine of Eucharistic Presence would find his position supported by the Prayer Book rites. In this Cummins is being true to the authentic Church of England heritage that meant so much to him. The idea of a 'Real Absence' is expressly ruled out by the Anglican formularies. The 'Homily on Worthy Receiving and Reverent Esteeming of the Sacrament of the Body and Blood of Christ' states: 'thus much [the communicant] must be sure to hold, that in the supper of the Lord there is no vain ceremony, no bare sign, no untrue figure of a thing absent, but as the Scripture saith, ... the communion of the body and blood of the Lord in a marvellous incorporation'⁸¹ Moreover, while Zwingli is absent, Luther is present:

⁷⁸ *Smyrneans*, 6.2.

⁷⁹ Justin, *Apology*, 66.

⁸⁰ 'Bishop Cummins' Sermon In Defence of the Prayer Book', in *Four Documents*, Philadelphia, M'Calla & Stavelly, 1874, p.25f.

⁸¹ Gerald Bray (ed.), *The Books of Homilies: A Critical Edition*, Cambridge, James Clarke & Co., 2015., p.428f.

*Does the Lutheran place a high value on the worthy partaking of Christ's body and blood? Surely, the lofty, glowing language of the communion office is fitted to meet the deepest longings of the soul ...'*⁸²

Against the stark language of section IV of the Declaration of Principles must be set not only Scripture, the Fathers, the English Reformers, the Articles and the language of the Prayer Book, but Cummins' own convictions, expressed in a more measured way at a time when he was not under extreme pressure.

- (j) Further evidence of the breadth of Cummins' convictions can be found in the fact that the very first person whom he hoped to consecrate bishop in the newly-constituted Reformed Episcopal Church was his mentor Muhlenberg.⁸³ The significance of this becomes clear when it is remembered how Muhlenberg had given practical expression to his passionate commitment to the concept of Evangelical Catholicism: the dedication of the first church he built was 'The Church of the Holy Communion'; he advocated a weekly Eucharist; he had founded a Sisterhood; he used a stole; and consistently asserted that 'all true Evangelicalism must be Catholic'.⁸⁴ That Cummins passionately desired such a man to be his fellow-worker in the episcopate, laying the foundations of the Reformed Episcopal Church together, indicates a breadth of sympathy and tolerance which needs to be taken into account when assessing the text he composed.⁸⁵

What are the consequences of all this for our interpretation of this 'bullet point'? Cummins was a man of courage and vision, but he and the Principles he drafted are not infallible. In this instance they may be misunderstood if considered in isolation from the other sources for doctrine in the Reformed Episcopal Church and the Declaration of Principles itself.

Article XX of the Thirty-Nine Articles articulates the principle that it is not lawful to 'so expound one place of Scripture, that it be repugnant to another'. The same principle must surely hold here. The section IV statement must not be expounded in a way that is repugnant to the Scriptures, Fathers, Councils, Reformers and Anglican formularies, or to Cummins' own views expressed elsewhere.⁸⁶ The *error* which the statement seeks to guard against – the reduction of the Eucharist to the creation of a talismanic object – is clear and its rejection legitimate. This, however, would seem to be a situation where the Principles must themselves be brought under the scrutiny of the Reformed Episcopal family's own declared sources of doctrine, as enumerated above.

Those sources of doctrine would counsel us – indeed *require* us - to follow the example of the Fathers and permit a range of theories to be held side by side within the Church's tolerant embrace.⁸⁷ That is not, however, to say that every theory is equally valid. The English Reformers had good reasons (philosophical and theological) for rejecting the concept of transubstantiation as it had

⁸² 'Bishop Cummins' Sermon In Defence of the Prayer Book', p.25f.

⁸³ Guelzo, *For the Union of Evangelical Christendom*, p. 212.

⁸⁴ Ayres, *Muhlenberg*, pp.177, 188ff, 224, 242, 505 *et passim*.

⁸⁵ In the event Muhlenberg did not join Cummins in the Reformed Episcopal Church.

⁸⁶ Similarly, Cranmer's teaching has to be judged in relation to the sources – the Scriptures, 'the catholic Church and the most holy Fathers of old' – that he himself acknowledged.

⁸⁷ Using Michael Ramsey's phraseology (*The Gospel and the Catholic Church*, p.96).

come to be understood in the late Middle Ages.⁸⁸ At the same time, for us to insist on a particular theory would make us guilty of the same mistake that the Reformers and Eastern Churches accused Rome of making when she insisted on transubstantiation as the *only* legitimate means of defining the mystery. It is more honest for us to accept that the presence of Christ in the Eucharist has not been defined by any Ecumenical Council and is, indeed, beyond human comprehension or definition.

The Thirty-Nine Articles of Religion, for example, adopted in the first Declaration of Principles, say no less. Article XXVIII states, ‘the body of Christ is given, taken and eaten in the Supper only in a heavenly and spiritual manner’. This language was not part of the earlier Forty-Two Articles. After Cranmer’s death, however, the Church of England added this language to the final version of the Thirty-Nine Articles approved in 1571. The Article preserves the Scriptural and Ancient Church sense that the Body of Christ is clearly administered in the Supper in an undefined and mysterious manner, while only being effectual to those who receive by faith with thanksgiving.

To be a reality for the faithful, the doctrine to which the theories seek to give expression needs to be expressed in liturgy. For Cummins, the Prayer Book had the potential to be ‘the golden chain to restore the ancient unity of the kingdom of the Redeemer’ because ‘it embodies, as no other uninspired volume does, the ancient and primitive *catholic* faith of Christ’s Church’.⁸⁹ It is this Catholic faith – with its unbroken conviction that the worthy recipient of the sacramental Bread and Wine truly feeds on the Body and Blood of Christ in the Eucharist – that the Reformed Episcopal family of Churches maintains. This feeding is made possible by the power of the Holy Spirit who enables our sacramental eating and drinking ‘in an heavenly and spiritual manner’ to be a foretaste of the heavenly banquet. Beyond this we are silent before a mystery.

15. *Baptismal Regeneration*

The Reformed Episcopal Church was formed in the context of the 19th century controversy over the word ‘regenerate’ in the baptismal service. In both North America and the UK the context was one of widespread indiscriminate baptism of the infant children of parents with only the most minimal allegiance to the Church. To claim, as the Baptism Order in the Prayer Book did, that such children were ‘regenerate’ (understood as ‘saved for eternity’, irrespective of what they did in later life) as a result simply of being baptised, seemed to many to attribute to the Sacrament a mechanical efficacy at odds with the tenor of Scripture. Three broad approaches may be made:

⁸⁸ See Article XXVIII of the Articles of Religion. Article IV of the RECUSA’s constitution states, ‘Nothing calculated to teach that in the celebration of the Lord’s Supper, the elements of the bread and wine are changed into the natural [i.e. physical] Flesh and Blood of Christ, shall ever be allowed in the worship or teaching of this Church.’ Note that the language of the *Articles of Religion* addresses what the doctrine of transubstantiation meant in the late Middle Ages at the time of the Reformation. *This understanding was significantly different from what Thomas Aquinas had meant by the term.* He had used the term to refer to the change in the incidence or essence of the sacrament. The accident or form, i.e. bread and wine, do not change. Effectively therefore the sacrament was mysteriously two things at once. Subsequent to Aquinas, the philosophical movement known as nominalism dramatically impacted the doctrine of transubstantiation. Nominalism among other points stated that “a thing can only be one thing.” This was not what Aquinas had stated. Contrary to Thomism, nominalism reduced the belief in transubstantiation into a view that the elements become physically the Body and Blood. The result was crass superstition, reducing the sacrament to a magical object. To be precise, it was this view of transubstantiation that the *Articles* condemned.

⁸⁹ *Four Documents*, p.17. Emphasis added.

- a. The New Testament itself shows that regeneration, if understood as inner quickening, can precede, accompany or follow the act of baptism (Acts 10:44-48; 22:16; 8:14-17). It also shows us people whose baptism does not seem to have brought about new birth (for example, Simon Magus, Acts 8:18-23, and Alexander the metal worker, 2 Timothy 4:14) and warns against the assumption that all who are baptised and eat and drink are pleasing to God (1 Corinthians 10:1-6). We therefore believe that the most honest application of the New Testament evidence is to affirm that there *is* a connection between Regeneration and Baptism, but allowing that regeneration may precede, accompany or follow baptism, or may not take place at all.⁹⁰
- b. There has been a tendency to equate the term regeneration with moral conversion and inner quickening. The word in its classic Prayer Book usage means a “state into which one was placed at baptism,” as in being placed in Christ and His Church, moving from one kingdom of darkness to a kingdom of light. The Collect for Christmas Day in the Book of Common Prayer uses the word regeneration in this sense: “Almighty God, who hast given us thy only-begotten Son to take our nature upon him, and as at this time to be born of a pure virgin; Grant that we being regenerate, and made children by adoption and grace, may daily be renewed by thy Holy Spirit . . .” The use of the word regenerate in this context refers to the congregation with what the prominent Evangelical leader J.C. Ryle (first Bishop of Liverpool) called ‘charitable supposition’⁹¹ That is, based on the covenant of baptism, all are presumed to be regenerate. At the same time, while retaining the Collect for Christmas Day, the Reformed Episcopal Churches have always emphasized the need for evangelical faith to make the sacrament of baptism effectual.
- c. Bishop Cummins himself had no problem with the concept rightly understood. In 1873, addressing the Evangelical Alliance on the subject of ‘Roman and Reformed Doctrines of Justification Contrasted’, he said:
- “If it be asked, What is the relation of baptism to justification according to the Reformed Church, perhaps the best reply is to be found in the Twenty-Seventh Article of the Church of England. ‘Baptism is not only a sign of profession, whereby Christian men are discerned from those that be not christened; but it is also a sign of regeneration, whereby, as by an instrument, they that receive baptism rightly are grafted into the Church; the promises of the forgiveness of sins and of our adoption to be the sons of God are visibly signed and sealed, faith is confirmed and grace increased by virtue of prayer to God.*
- To this all Protestantism agrees: Faith is the sole instrument of justification.*
- Baptism is:*
6. *A sign of a Christian man’s profession.*
 7. *A sign of regeneration or new birth.*

⁹⁰ Today, the Roman Catholic Church teaches that in some baptised in infancy ‘sin prevents Baptism from bearing the fruits of salvation’ (*Catechism of the Catholic Church*, para. 1272).

⁹¹ *Knots Untied: being Plain Statements on Disputed Points in Religion from an Evangelical Standpoint*, (condensed and revised by C. Sydney Carter), London, James Clarke & Co, 1959, pp.98-103.

8. *An instrument, when rightly received, by which we are grafted into the Church.*
9. *The promises of our forgiveness and adoption are visibly signed and sealed; and*
10. *Faith is confirmed and grace increased by virtue of prayer to God.*⁹²

Cummins' acceptance of the concept of baptismal regeneration was consistent with that of other Evangelical leaders of the time who were prepared to defend its use in the baptismal liturgy, rightly understood.⁹³ In recent liturgical revision the Reformed Episcopal Church in North America has felt able to restore the term 'regenerate' to the Baptism Service, explaining its meaning in a rubric at the end of the office:

*The word 'regenerate' in this office of Baptism is well meant for a signification of our grafting and incorporation into Christ's flock and a grateful acknowledgement of the benefits of Christ therein given to all that receive Baptism rightly (cf. Article xxvii). Yet, lest the same word should by any persons, out of ignorance, malice, or obstinacy, be misconstrued: It is hereby declared that the use of this word is not intended to denote an essential alteration in nature, nor a passing, as by some mysterious process, into that fullness of religious life marked by faith, repentance, incipient holiness, ardent desires after God, and elevated affections.*⁹⁴

The work of the Holy Spirit is not under our control – 'The wind blows wherever it pleases. You hear its sound, but you cannot tell where it comes from or where it is going. So it is with everyone born of the Spirit' (John 3:8). We revere and use the ordinance that the Lord has commanded us, and leave to his gracious providence the mystery of its efficacy.

16. *The Church of Ireland clauses*

These clauses, unique to the British version of the Declaration of Principles, are non-controversial. The description of the Church as 'Reformed and Protestant' merely reflects the description of the Church of England as found, for example, in the Coronation oath.⁹⁵ The commitment to maintaining communion with all Christian Churches is remarkable in its 19th century pre-ecumenical context, but totally consistent with the vision of Muhlenberg and Cummins for Christian unity.

⁹² Quoted in the report of the Standing Liturgical Commission to the Fiftieth General Council of the Reformed Episcopal Church (see footnote 46).

⁹³ See Ryle's essay, 'Prayer Book Statements about Regeneration', in *Knots Untied*, pp.94-117.

⁹⁴ General Council of the Reformed Episcopal Church. *Journal of the Proceedings of the Fiftieth General Council of the Reformed Episcopal Church* (Philadelphia: Reformed Episcopal Church, 2002), 183-4. The revisions to the baptismal office were presented at this council for first reading and were approved for second reading, and therefore approved for incorporation into the *Book of Common Prayer*, at the 51st General Council, held in Orlando, Florida, 2005.

⁹⁵ 'Will you to the utmost of your power maintain in the United Kingdom the Protestant Reformed Religion established by law? Will you maintain and preserve inviolably the settlement of the Church of England ...?' (<https://www.royal.uk/coronation-oath-2-june-1953>).

The final clause derived from the Church of Ireland's constitution names 'the primitive Faith' as the norm for doctrine and worship. This is obviously in line with the respect for the Fathers and early Church noted above and reflects the Church of Ireland's sense of its historic continuity, which as Reformed Episcopalians we share.

Conclusion

Thus, while the Declaration of Principles forms an inalienable part of the Reformed Episcopal story, caution needs to be exercised in its interpretation. As we have shown, the Principles were never intended to be a new statement of faith, but to ensure that the Church which adopted them remained within the historic Anglican patrimony from which others were departing. We believe that, rightly understood, everything they contain is consistent with mainstream Anglicanism, with much general ecumenical consensus, and, most importantly, with apostolic Christianity.

As Reformed Episcopalians we do not attempt to disguise the fact that some of our formularies were written in large measure against 19th century Roman Catholic and Anglo-Catholic teaching. We do not deny our past. Nor do we pretend that all these important issues have been resolved or do not matter. We do, however, affirm again that the Principles must themselves be brought under the scrutiny of their own declared sources of doctrine, namely the Scriptures and such Fathers and Councils as are agreeable to the Scriptures.⁹⁶ It would be a denial of everything we stand for to interpret them in a way that contradicts the apostolic Scriptures or places us outside the 'historical and consensual reading' of those Scriptures down through the centuries. Where there is a clash, the Declaration of Principles must yield and not the other way around. If the Declaration of Principles were to hinder the union of biblically orthodox Christians, it would indeed be frustrating Muhlenberg's and Cummins' purpose.

Consistent with that purpose of uniting Christ's people, we are currently engaging with others internationally in taking a stand for the apostolic faith in the face of threats from both inside and outside the Church. Clearly, the Declaration of Principles has not constituted an obstacle to that, as our involvement in the GAFCON movement and the Reformed Episcopal Church's membership of the Anglican Church in North America shows.

As Reformed Episcopalians we have been blessed with a rich history and an exciting vision. We do not believe that the Declaration of Principles need be an obstacle to anyone who shares that vision of a Church built on the Evangelical Catholic foundations of the Anglican patrimony.

North America

The Most Rev. Ray R. Sutton

The Rt. Rev. Walter R. Banek

The Rt. Rev. David L. Hicks

The Rt. Rev. R. Charles Gillin

The Rt. Rev. Alphonza Gadsden

⁹⁶ Article II of the Constitution of the Free Church of England and the Theological Statement of the ACNA.

The Rt. Rev. William White

The Rt. Rev. Daniel R. Morse

The Rt. Rev. Peter Manto

Croatia

The Rt. Rev. Jasmin Milic

Western Canada

The Rt. Rev. Charles Dorrington

Germany

The Rt. Rev. Gerhard Meyer

Free Church/REC of England

The Most Rev. John Fenwick

The Rt. Rev. Paul Hunt

Cuba

The Rt. Rev. Willian Mendez Suarez